

# PRESENCIA INCAICA EN EL «PAISAJE DE ACONTECIMIENTOS» DE UN SECTOR DE LA PUNA DE JUJUY: HUANCA, USNU, CACHAUIS Y QUIPILDOR

Margarita E. Gentile\*

## Resumen

*El sector noroeste del altiplano jujeño formó parte del Collasuyu, rumbo sur del Tahuantinsuyu. Allí son claramente visibles cuatro elementos arquitectónicos que formaron parte del «paisaje de acontecimientos» entre los siglos XV y XX: huanca, usnu, cachauis y quipildor, relacionados con distintas, pero no diversas, ceremonias periódicas destinadas a recordar y solicitar la ayuda de los antepasados y el Rayo. Todos ellos son, además, de regular visibilidad en la arqueología y folklore de la zona.*

## Abstract

**INCA PRESENCE IN THE «LANDSCAPE EVENTS» OF THE PUNA DE JUJUY SECTOR: HUANCA, USNU, CACHAUIS AND QUIPILDOR**

*The northeast sector of the highland of Jujuy was part of the Collasuyu region, in the south zone of the Tahuantinsuyu. There are clearly visible four architectural elements that was part of the «landscape events» between XV and XX centuries, huanca, usnu, cachauis and quipildor, which are related with different but not various, periodical ceremonies destined to remember and to ask the help of the ancestors and the Lightning deity. As well, all of them are of common visibility in the archaeology and folklore of the zone.*

## 1. Introducción

Las modificaciones del entorno geográfico a través del agregado de monumentos permiten apreciarlo como un «paisaje de acontecimientos».<sup>1</sup> En el altiplano jujeño tenemos huanca, *usnu*, *cachauis* y *quipildor* como resultantes de ceremonias periódicas y de regular *visibilidad* en la etnohistoria andina y regional de los siglos XV a XX. Aquí presentaremos casos registrados en los rodeos Doncellas y Tambillo,<sup>2</sup> donde huanca y *usnu* estuvieron asociados al sitio prehispánico conocido como Yacimiento de Río Doncellas, en tanto que los *cachauis* lo estuvieron al sitio Pucará de Doncellas y a uno de los caminos incaicos alternativos que todavía se recorre; y respecto de *quipildor*, en su construcción perviven antiguas creencias andinas, puneñas, sobre el Rayo (Fig. 1).

La puna de Jujuy es un altiplano de origen pleistocénico, producto del ascenso general de la región, cuyo paisaje natural lo forman colinas, farallones de toba dacítica poco consolidada de color gris blanquecino, campos de basalto y cortes geológicos. Sus cuencas fluviales desaguaron en lagunas que se fueron convirtiendo en salares. Ocupa el ángulo noroeste de la República Argentina,

---

\* Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET).  
E-mail: margagentile@hotmail.com

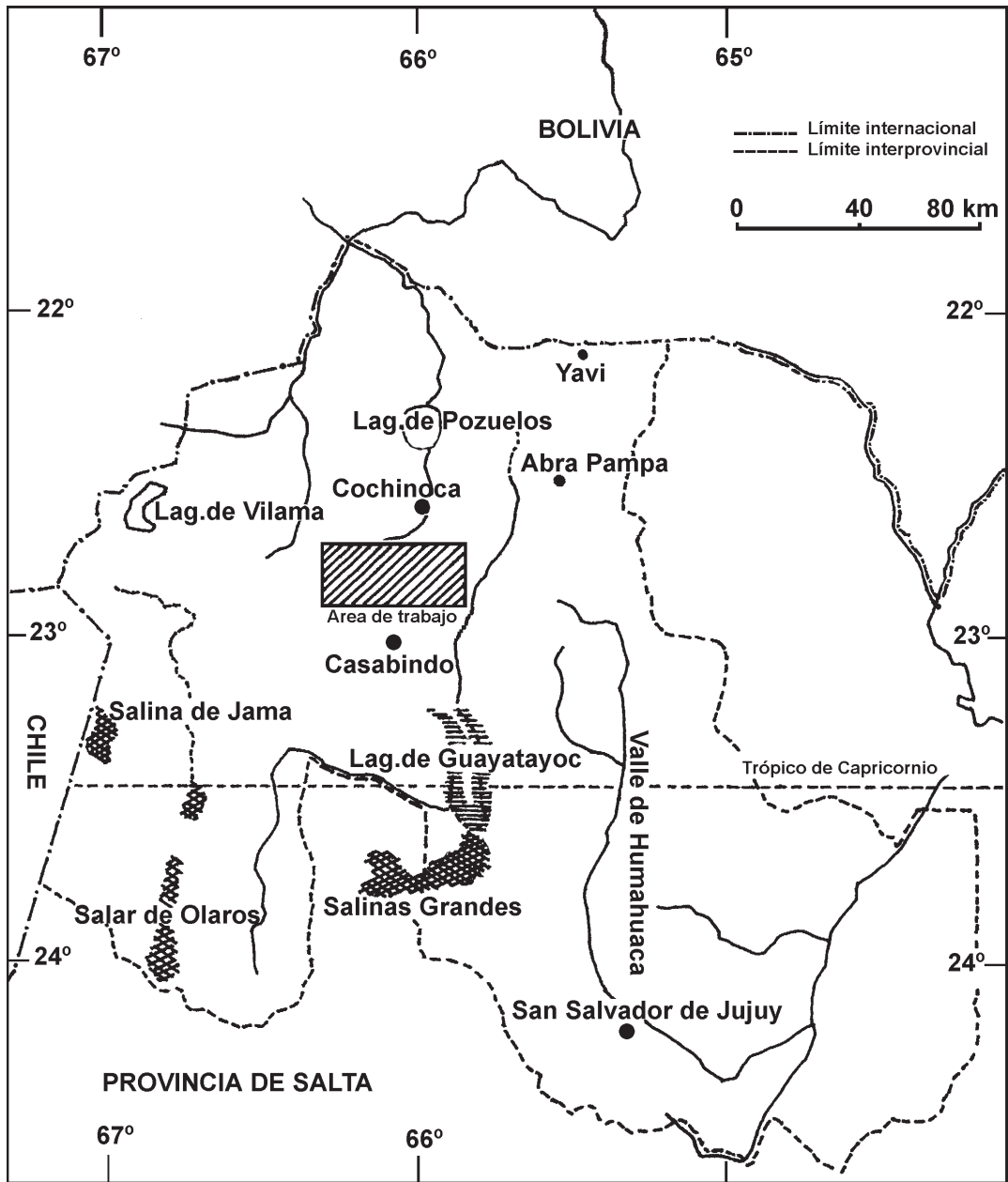


Fig. 1. Provincia de Jujuy. Sector Doncellas-Tambillo, según la carta IGM (Dib.: M. Gentile).

limitando al oeste con Chile y al norte con Bolivia. Los sitios que nos interesan aquí se encuentran entre los 3400 a 3700 metros sobre el nivel del mar y  $22^{\circ}30'$ - $23^{\circ}$  de latitud sur y  $66^{\circ}15'$ - $66^{\circ}30'$  de longitud oeste (Fig. 2).

Por el centro de este sector, corre de Oeste a Este, formando un arco que se desvía al Norte, el río Rachaite, y un poco más al sur, hace un doble arco el río Tambillo. Ambos desaguan en el Miraflores, que es uno de los cursos de agua que alimenta la laguna de Guayatayoc, a cuya vera está la población de Casabindo.

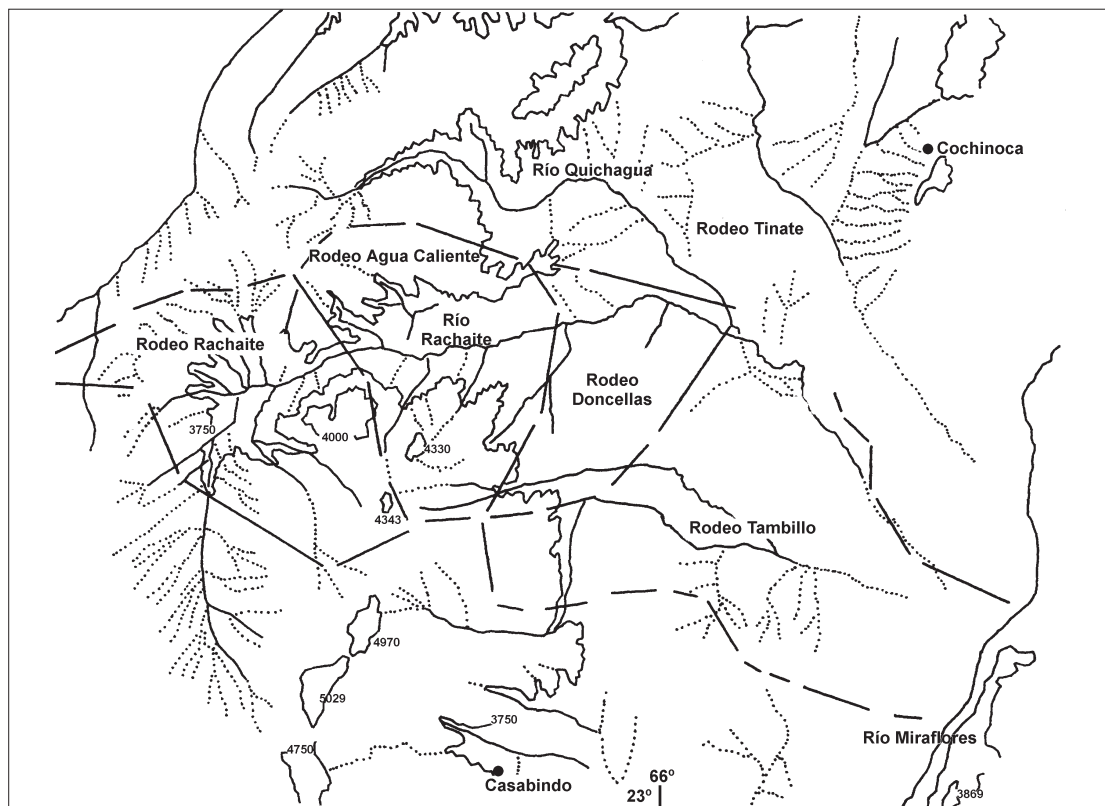


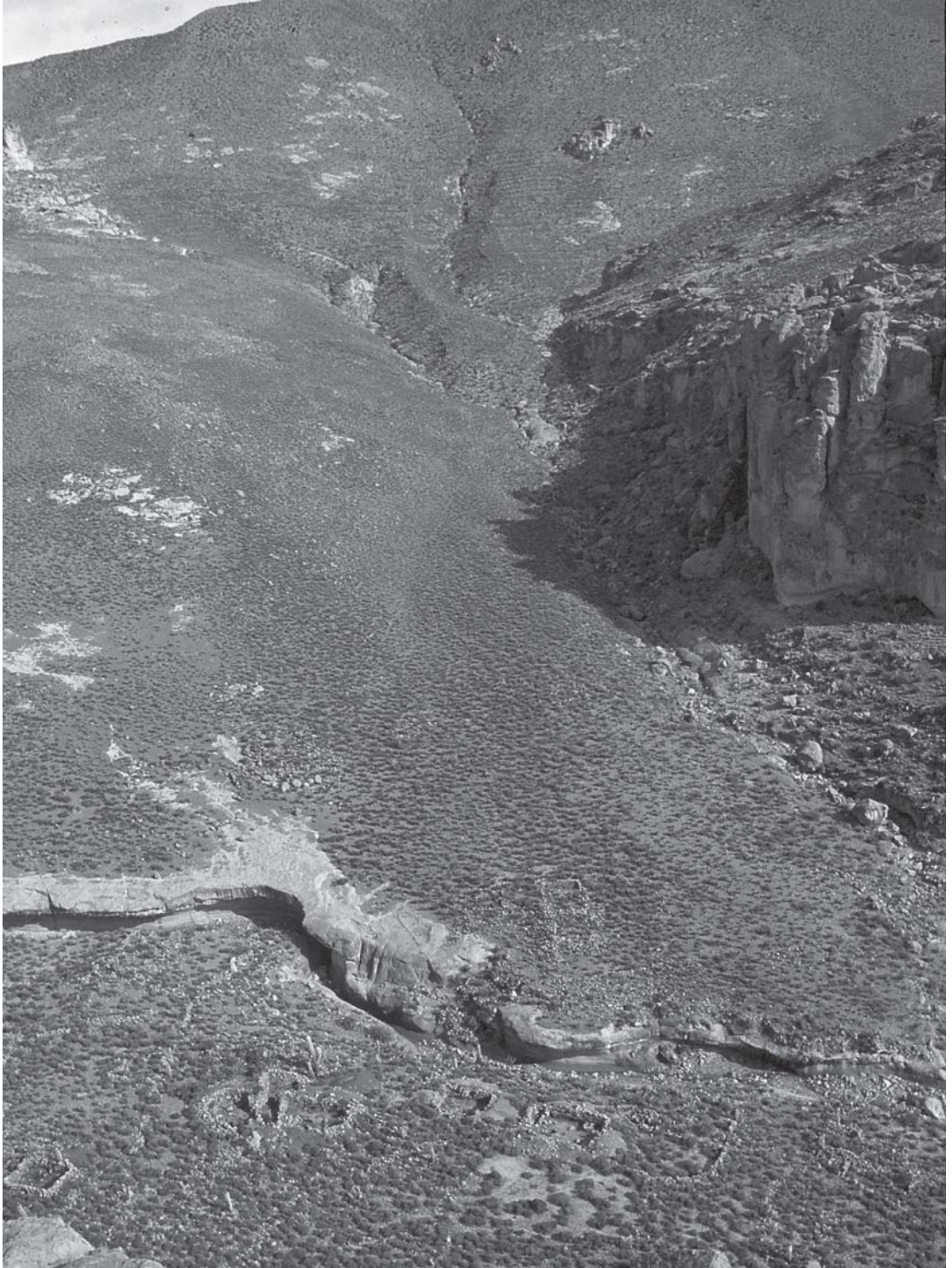
Fig. 2. Los rodeos Rachaite, Agua Caliente, Doncellas y Tambillo según el plano de rodeos de la puna, gobierno de la provincia de Jujuy, 1951 (Dib.: M. Gentile). Escala: 1: 200.000.

El Rachaite es uno de los pocos ríos de la puna que lleva agua todo el año hasta su curso medio y al entrar en el rodeo Tambillo forma sobre la margen derecha una amplia ciénaga junto a la que se encuentra, casi en una península, el Pucará de Doncellas. Tanto a orillas del Rachaite como de todos los otros ríos que discurren entre los rodeos Rachaite, Agua Caliente, Doncellas, Tambillo y Casabindo, las laderas vecinas están cubiertas por andenerías prehispánicas que fueron regadas con canales alimentados por ojos de agua tibia.

El Yacimiento del Río Doncellas<sup>3</sup> se encuentra en el rodeo homónimo, sobre la margen izquierda del río Rachaite. El sitio arqueológico está atravesado de Oeste a Este por un corte geológico de diversa profundidad por donde discurre el arroyo Choque que, según el año, alcanza a desaguar en el río citado. En superficie se ven unos 20 ambientes cuadrangulares, algunos dispersos a ambos lados del arroyo (Fig. 3).

El sitio está resguardado por farallones de unos 10 metros de altura que rodean el lugar por el norte y el sur con paredones que caen casi a pico, en tanto que hacia el oeste el terreno sube en pendiente suave, y hacia el este se abre a una planicie y al río. En las oquedades naturales de estos macizos de toba se hallaron entierros prehispánicos y coloniales. Estas casas-tumbas estaban cerradas por delante con pircas, separadas unas de otras con tabiques internos enlucidos con barro y algunos tienen llamas pintadas en rojo sobre la roca (Fig. 4).

El Pucará de Doncellas se encuentra a unos 5 kilómetros hacia el este del sitio anterior. Se trata de un afloramiento de toba nivelado artificialmente antes de construirle encima varios edificios



*Fig. 3. Vista parcial del Yacimiento del Río Doncellas desde la cima del farallón sur; al fondo se ven algunos andenes de cultivo (Foto: M. Gentile).*



*Fig. 4. Farallón suroeste del Pucará de Doncellas desde la lomada Pato Guachi; en la ciénaga pastan algunos burros (Foto: H. A. Pérez Campos).*

de los que solo quedaban las primeras hiladas de piedras en 1984. En superficie había fragmentos de alfarería tosca, otra muy pulida color rojo oscuro y pasta compacta; otra, sin pulir, tenía pintadas sobre rojo oscuro gruesas bandas negras y en los cortes se podían apreciar las lutitas que caracterizan el estilo Puna Tricolor. Casi en el centro del grupo de construcciones había un montículo de piedras relleno con las palas y azadones de laja propios de la cultura puneña prehispánica (Fig. 5).

Excepto los poblados mineros, la puna jujeña permaneció aislada de los grandes centros poblados y comerciales decimonónicos. A mediados del siglo XX, las redes viales y ferroviarias se ampliaron y consolidaron cuando comenzaron a explorarse los yacimientos petrolíferos y explotarse las minas. A fines de ese siglo aún vivían en la región familias de pastores de ovejas, cabras, llamas y algunas vacas, que también cultivaban quinua, además de verduras, dentro de pequeñas parcelas protegidas del viento con altas paredes de piedra, a las que llevaban el agua por angostos canales tallados en la toba o con caños plásticos para riego, desde los ojos de agua tibia. Algunos hombres migraban por temporadas para la cosecha del té, algodón, caña de azúcar, en tanto que algunas mujeres buscaban emplearse en la ciudad y dejaban los niños al cuidado de los abuelos.

## **2. Breve noticia sobre las investigaciones previas en la región**

F. Max Uhle pasó por la puna de Jujuy en viaje desde Buenos Aires hacia Tiahuanaco. En 1893 estuvo en Casabindo y Cochinoa reuniendo una colección para el Museo Etnográfico de Berlín; excavó en Agua Caliente y Pueblo Viejo, en la quebrada de Tucute, a 2 leguas al sur de Casabindo. Según este autor, el límite sur del idioma aymara se hallaba entre Tupiza y la frontera argentina. Por su parte, R. Virchow encontró en los cráneos prehispánicos que Uhle le enviaba desde el Noroeste Argentino, una «modalidad aymara» (Seler 1894: 409; Virchow 1894: 402; Rowe 1954; Kaulicke 1998).<sup>4</sup>



Fig. 5. Detalle de las pircas de los andenes en Sepja Raccho, junto al río Rachaita (Foto: H. A. Pérez Campos).

Pocos años después, Eric Boman recorrió la puna, acompañando sucesivamente a las misiones francesa y sueca. En su opinión, los habitantes prehispánicos de la región habían sido atacameños (Boman 1908). Milcíades A. Vignati publicó un entierro hallado por los lugareños en un «horno»<sup>5</sup> que él mismo fue a buscar; en una publicación posterior sostenía que los puneños prehispánicos habían sido chichas, sin probarlo, pero contradiciendo vivamente a Boman (Vignati 1938).

Eduardo Casanova estuvo en Casabindo en 1938 y regresó para realizar más excavaciones en 1941, las que continuaron en los años siguientes. En 1943, presentó una comunicación a la Sociedad Argentina de Antropología diciendo, sin precisarlo, que había pruebas de contacto con las culturas o facies culturales incaica, chicha-atacameño, diaguita y humahuaca, además de la «cerámica propiamente puneña». En 1944, publicó una estólita y, en 1967, una pintura rupestre. En esos años, aún se consideraba que los materiales prehispánicos de la puna y los valles eran sincrónicos entre sí, según la tesis «garcilasista» de F. Márquez Miranda. También se prefería excavar contextos cerrados, es decir, entierros, chullpas o yacimientos. Si bien Salvador Debenedetti había entrevistado en 1910 la diferencia entre calchaquíes y omaguacas,<sup>6</sup> y la presencia tiahuanaco en el área andina argentina (1928), su prematura desaparición frenó el avance de las investigaciones con perspectiva diacrónica.

En el plan de ubicar culturalmente los hallazgos realizados en la región, la Colección Doncellas dio pie al *Puna Complex* (Bennett *et al.* 1948; Krapovickas 1958-1959). Por su parte, Ciro R. Lafón denominó «cultura tipo Doncellas» a la resultante de la seriación de los yacimientos<sup>7</sup> excavados por Casanova. Separó un «núcleo básico» al que llamó Doncellas Atacameño, sin explicitar sus componentes (Lafón 1965). Pedro Krapovickas agrupaba los materiales puneños en inca y no inca (1968) y en un trabajo publicado en 1983, atribuyó a los chichas la cultura de Yavi, en tanto que casabindos y cochinos eran portadores de la cultura de Casabindo. En cuanto a los atacameños, no creía que hubieran habitado en la puna de Jujuy.<sup>8</sup>

A partir de sus excavaciones en tres casas-tumba del farallón sur, Marta Ottonello intentó clasificar la alfarería puneña. También se refirió a una posible organización dual del poblado tomando en cuenta el arroyo que lo atravesaba (Ottonello 1973).

Desde 1973, Lidia C. Alfaro de Lanzone y Juan M. Suetta<sup>9</sup> excavaron mediante niveles de 20 centímetros en el sector de los ambientes al pie de los farallones. Su publicación de 1976 trató de ordenar los datos disponibles sobre la arqueología del Yacimiento del Río Doncellas. Tampoco en esta ocasión se concretó una secuencia alfarera, pero se publicaron los mates pirograbados (Alfaro y Gentile 1978), un nuevo tipo de asas (Alfaro y Gentile 1980), el arte rupestre (Alfaro 1978) y algunos materiales hispanos (Alfaro 1981-1982). En un sondeo efectuado por nosotros en 1979 en uno de los ambientes, encontramos dos niveles de ocupación; el tardío mostraba modificación de la planta anterior. En ambos niveles hubo fogones y alfarería tosca, y el techo de la segunda ocupación había caído incendiado. Una muestra de carbón tomada por Alfaro en el nivel más profundo arrojó 1210 d.C. (Alfaro 1983: 27).

En opinión de Alfaro y Suetta, el Yacimiento del Río Doncellas fue un sitio de habitación temporal y ceremonial vacío por que allí no había basurales. Además, las pinturas rupestres estaban relacionadas con el entierro de un personaje enmascarado; con el puma pintado en otra cueva a cuyo pie se encontró, dentro de una tinaja, a una mujer muerta de una pedrada; con los vasos estilo Tiwanaku IV de plata dorada; las columnas redondas de una o varias piezas de toba, y con la estructura escalonada (Alfaro y Suetta 1976). En su artículo de 1983, Alfaro relacionó los sitios arqueológicos puneños, en los que había trabajado desde 1968, con lo que llamó ampliamente «centros cálticos andinos», basándose en los temas de las pinturas rupestres. En 1988, publicó un libro sobre el Yacimiento del Río Doncellas con los datos y conclusiones de los artículos de 1976 y 1983.

Lanzone falleció en abril de 1989. A partir de ese momento, nuestras propias investigaciones en la puna, que venían desarrollándose sobre la base de trabajo en el terreno, datos de documentos éditos e inéditos de los archivos de Jujuy y Salta, quedaron institucionalmente en suspenso y gran parte de nuestro material en vías de análisis no se pudo publicar en bloque. No obstante, hicimos publicaciones parciales (Gentile 1984-1985, 1986, 1988a, 1988b, 1990, 1991, 1991-1992, 1992, 1995, 1997, 1998) que, consideradas en conjunto, constituyen un aporte a la etnohistoria regional, según el plan original de trabajo (Figs. 6, 7, 8, 9).

En lo que sigue vamos a referirnos a huanca, *usnu*, *cachauis* y *quipildor* en un sector de la puna de Jujuy según datos prehispánicos, coloniales y actuales, destacando la continuidad de algunas costumbres y sus correspondencias. Tanto la presencia de Tiwanaku como la conquista de la puna por Topa Ynga Yupanqui y la colonización de Huayna Capac son temas entrelazados con los tratados aquí, pero como ya nos referimos a ellos con detalle en trabajos previos, aquí solamente los citaremos para mantener el foco de interés en los cuatro rasgos señalados.

### 3. Huanca

En el siglo XVII se conocía con este nombre un monolito más alto que ancho, de 2 a 5 metros de alto, clavado en el centro de un círculo de piedras más pequeñas. En general, tenía figuras grabadas, se le adornaba con plumas y telas, y era destinatario de ofrendas, razones por las que los evangelizadores españoles lo llamaron ídolo; según la región y la época, los indios lo llamaron *huanca*, *chichic*, *chacrayoc* o *guachecoal*. Estos huanca eran ancestros litomorfizados que protegían chacras y acequias, en medio o junto a las que estaban.

Se encontraron huanca desde la orilla del mar hasta la puna y también en los valles intermontanos. Por ejemplo, la *pacarisca* de los indios de Sulco era una piedra larga que estaba en un cerro a orillas del mar (Duviols 1967: 35). En los andenes de Colcampata, al pie de Sacsayhuamán,

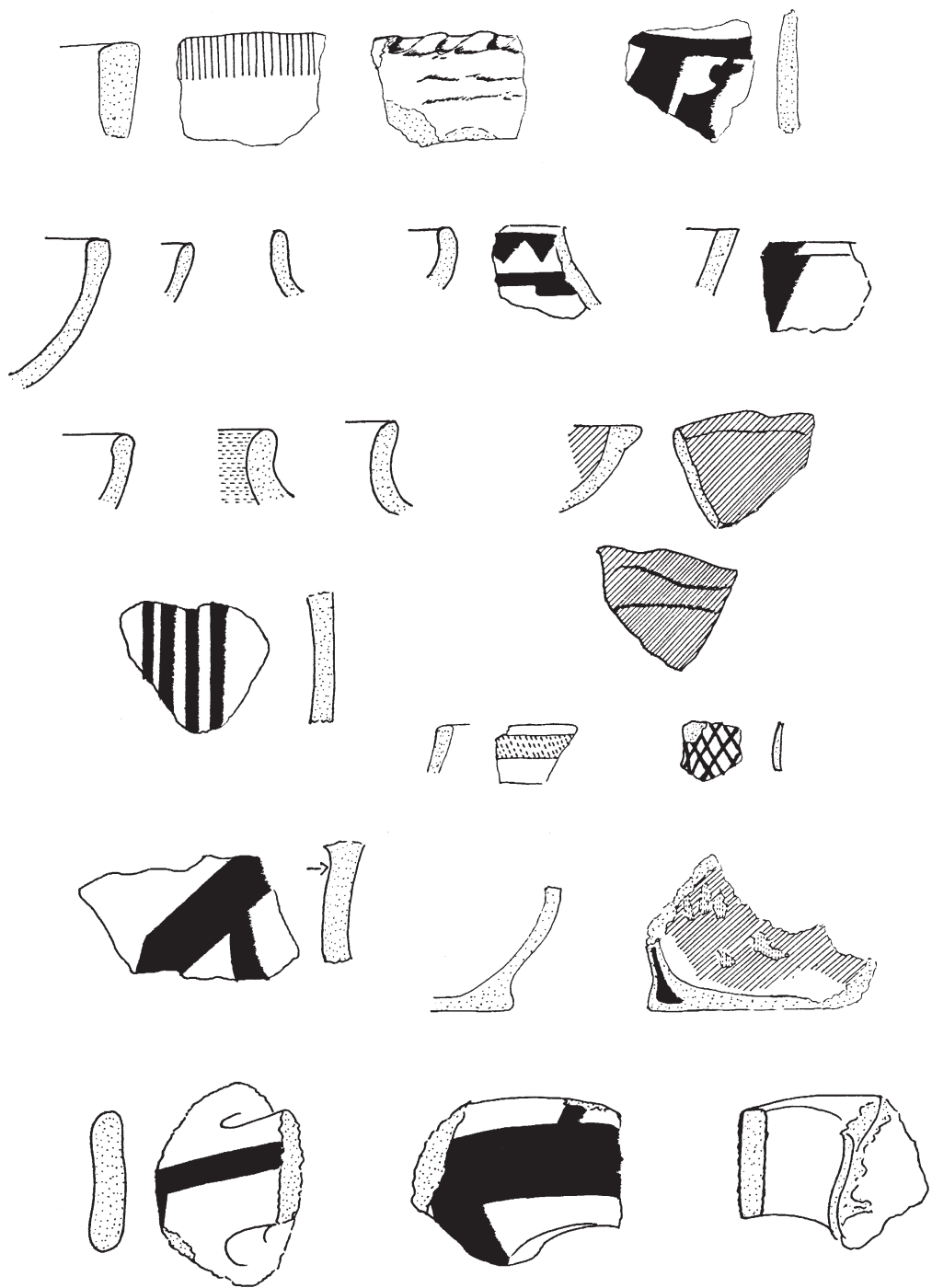


Fig. 6. Pucará de Doncellas. Fragmentos de alfarería de superficie; dibujos en color negro sobre engobe rojo oscuro, excepto el de borde ondulado (color naranja) y la base del «vasito chato», que nunca tienen decoración. Todos los fragmentos están a escala entre sí y la misma corresponde a 1 centímetro (Dibs.: M. Gentile).



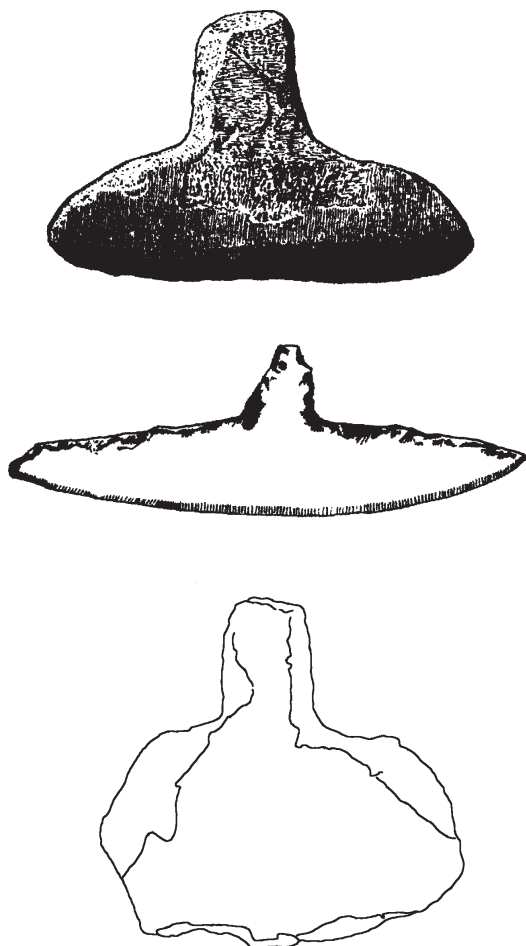
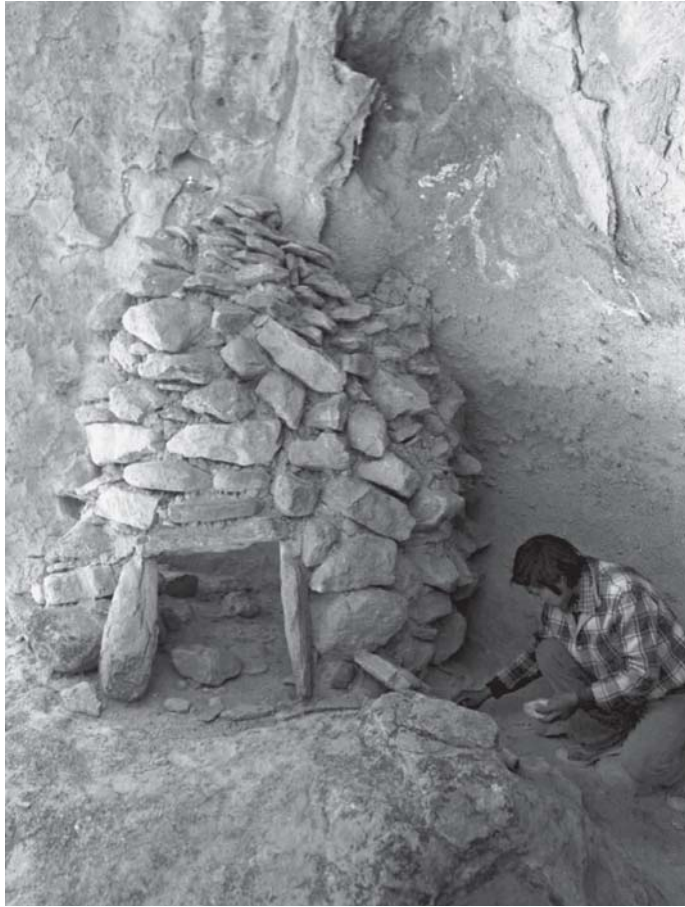


Fig. 7. Algunos tipos de palas de laja halladas en todos los sitios de puna relacionados con agricultura; de arriba abajo, según E. von Rosen (1957: fig. 78; Casanova, 1971: fig. 8c; Colección Doncellas, 42-780). Altura aproximada de cada pieza: 20 centímetros.

estuvo el monolito de Amaro Topa Ynga, de quien se decía que había inventado las colcas y terrazas de cultivo (Santa Cruz Pachacuti 1993 [1613]: 228; Gentile 2000 ms.); y un «dios de las comidas» estaba sobre un altar de laja en la cima de un cerrito junto al lago Titicaca (Ramos Gavilán 1976 [1621]: 104; Gentile 2002 ms.). La cantidad de estas piedras debe de haber sido grande (cf., por ejemplo, la *Relación* de 1619 [Pease 1968-1969]), pero a pesar del esfuerzo iconoclasta de los evangelizadores, sus fragmentos continuaban recibiendo ofrendas.

Un extirpador de idolatrías agregaba que el huanca era el dueño de la chacra donde estaba (Arriaga 1968 [1621]: 204), argumento que colocaba dichas tierras, jurídicamente hablando, al mismo nivel que las «chacras del Sol» incaicas, es decir, se las podía sacar del ámbito de las comunidades indígenas para repartirlas.

En el área andina argentina, los grandes ídolos de piedra ya eran conocidos a fines del siglo XIX. Juan B. Ambrosetti describió las «piedras paradas» que vio entre las terrazas de cultivo de Tafí, junto al nevado Aconquija (o Anconquija). Las denominó «menhires», como los de Carnac (Francia), nombre que pervivió.<sup>10</sup> Algunos medían alrededor de 3 metros de alto por unos 20 centímetros de diámetro, otros estaban rotos, otros tenían forma de cuña. Algunos tenían grabados diseños geométricos con surcos profundos sobre una sola cara; otros, un rostro, apenas bosquejado, orientado en dirección sur, hacia el nevado Aconquija. Según Ambrosetti, era posible que estos «menhires» hubiesen sido hechos por las gentes de Tiahuanaco (Ambrosetti 1897: 114) (Figs. 10, 11).



*Fig. 8. «Horno» en un farallón de la quebrada Condorarmas, cerca del sitio prehispánico de Rachaite; nuestro baqueano está ofreciendo un acullico. En estos «hornos» siempre se encontraron restos de maíz. A veces están en recovecos altos, en los farallones, en lugares de muy difícil acceso (Foto: H. A. Pérez Campos).*

En 1908, Carlos Bruch vio en la misma zona un «menhir» pequeño traído de «los pueblos viejos» y puesto como mojón en una propiedad (Bruch 1911: 1-13), uso similar al que se le daba en época prehispánica.

Eric Boman halló, dentro de recintos en otros sitios prehispánicos de la puna de Jujuy, «menhires» de 1 metro de alto, apenas desbastados en toba. En su opinión, estuvieron destinados a un uso religioso o ceremonial (Boman 1908: 107). También Alfaro excavó otro «menhir» en el Pucará de Rinconada, que tenía grabados un cuadrado y cinco pequeños huecos (Alfaro *et al.* 1978: 307).

En 1960, Alberto R. González excavó en Tafí dos «menhires» tumbados en el centro de un círculo de piedras de 20 metros de diámetro. Uno de ellos era liso, pero el otro, de 3,12 metros de largo, tenía grabado, hacia la mitad del pilar, un rostro antropomorfo de cuyo mentón salía una figura serpentiforme formada por dos líneas grabadas y en ellas había rastros de pintura roja (González 1960: foto 5; González y Núñez Regueiro 1960: 492). En otra excavación cercana halló uno que medía 4,12 metros de largo y otro que tenía un grabado estilo Tiahuanaco. Aunque la alfarería de superficie era tardía, del tipo Santa María, los «menhires» fueron adjudicados a la temprana cultura Tafí por el fechado de carbón procedente de un montículo cercano, el que arrojó alrededor de 400 d.C. Un poco



Fig. 9. Figura principal de la «Cueva del Hechicero» al pie de la que se halló el entierro de un personaje cubierto con una máscara de cuero pintada de rojo. Lo rodean escenas con jinetes, tema recurrente en las cuevas de la zona (Foto: H. A. Pérez Campos).

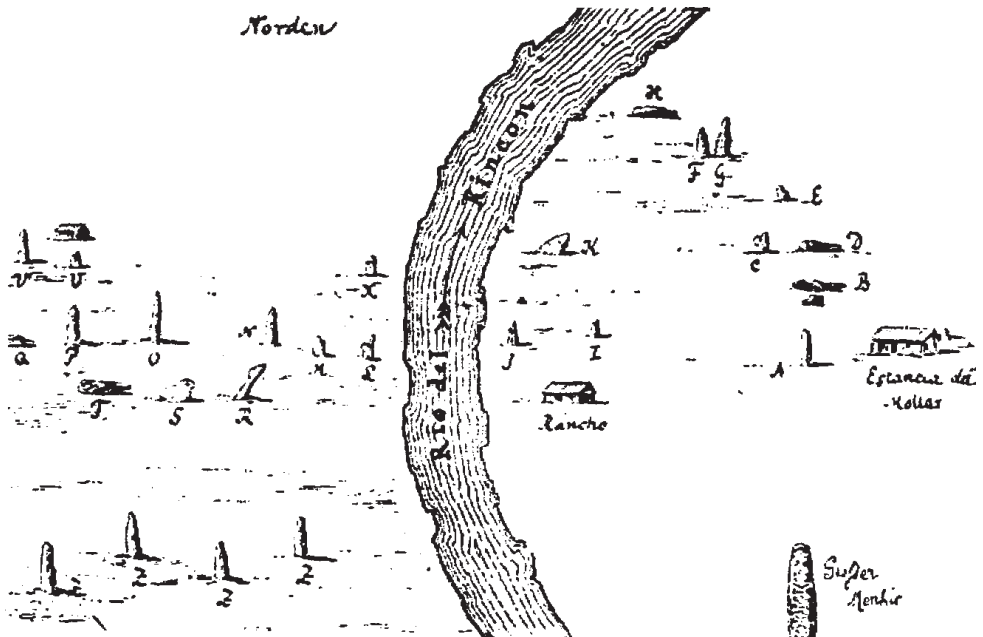


Fig. 10. Distribución de los «menhires» o piedras paradas a orillas del río del Rincón, junto a la estancia El Mollar (dibujo de F. Voltmer en Ambrosetti 1897: fig. 4).

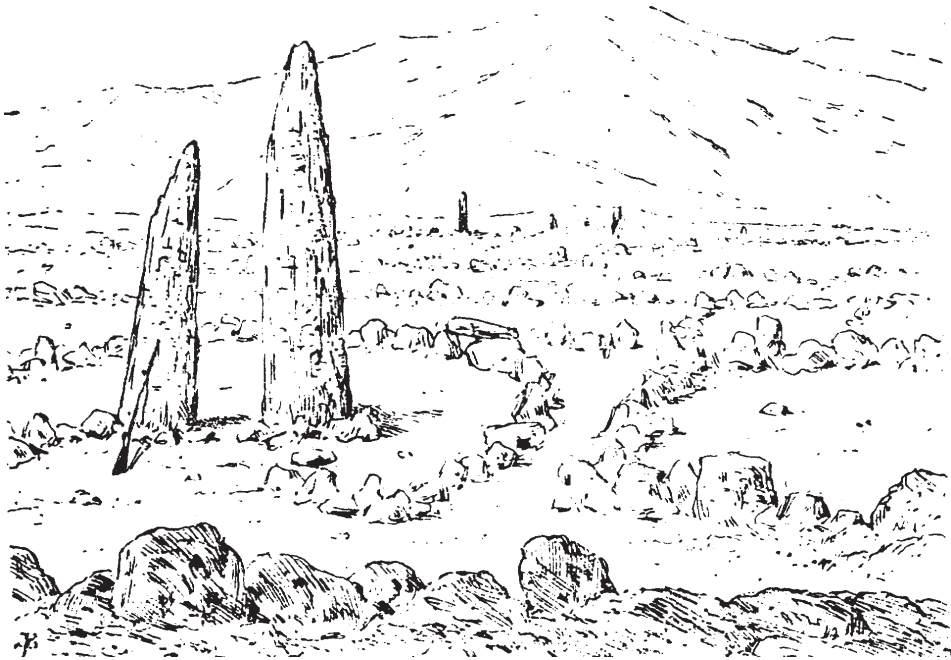


Fig. 11. «Menhirs F y G que forman puerta» (dibujo de F. Voltmer, en Ambrosetti 1897: fig. 5).

más al sur, en un sitio de otra cultura temprana, Alamito, Núñez excavó tres piedras alargadas que parecían haber estado hincadas en un plataforma. Una de ellas representaba un personaje con las manos apoyadas en el vientre, cubierto con una piel de felino que le caía sobre la espalda; no se halló alfarería asociada (González 1960: foto 4; González y Núñez Regueiro 1960: fig. 4, 491, 493; González y Pérez 1971: 13; González 1965: 290-291; Núñez Regueiro 1998: 209). Tampoco llamó la atención de que el personaje representado fuese una mujer (Figs. 12 a-h).

Como todos los de la puna jujeña, los monolitos huanca del Yacimiento del Río Doncellas no tenían grabados y apenas fueron tallados para darles forma regular, pero, fuera de El Mollar, en Tafí, este es el sitio donde se encontró la mayor cantidad de ellos. En este sitio de puna, había «menhires» reutilizados en un ambiente como parte de la pared visible en superficie. Si bien la función ceremonial del sitio antes de esta ocupación era evidente, la reutilización de los «menhires» era notable durante la segunda ocupación en un recinto aledaño, en el que, en el nivel inferior de la excavación, se hallaron dos estelas de piedra a medio tallar, una de ellas con ocho líneas paralelas, arqueadas y pintadas en rojo. A su vez, en otro recinto contiguo y en el nivel inferior se encontraron varios yuros<sup>11</sup> de estilo Puna Tricolor (*sensu* Alfaro y Suetta 1976: 18; Alfaro y Gentile 1980) que contenían huesos de niños y rodeados de *hulti*.<sup>12</sup> Antes dijimos que el fechado radiocarbónico obtenido en el nivel más bajo de otra habitación del mismo grupo había dado 1210 d.C. (Lanzone 1988: 152) (Fig. 13).

Con este dato, estas vasijas entraron en la problemática de tratar de dilucidar cuál fue el ámbito abarcado por ciertos diseños y las ideas relacionadas con los mismos. Los dibujos de los yuros de estilo Puna Tricolor son similares a los de piezas de estilo Salinar, considerada una cultura temprana de la costa norte del Perú (*sensu* Larco Hoyle 1948; Kauffmann 1971: 268; Gentile 1991: figs. 2-3), cronología que tal vez deba ser ajustada luego de los hallazgos en Sipán y Sicán. Además, Tiahuanaco hizo sentir su influencia en la puna de Jujuy a través de objetos como una pipa de piedra negra (Alfaro 1968), una estólica (Casanova 1944), las asas verticales abiertas como continuación de las similares antropomorfas de La Aguada (Gentile 1999) y los vasos de plata dorada (Rolandi 1974) (Fig. 14).



Fig. 12. Huancas del valle de Tafí. a) Del río Blanco (dibujo de F. Voltmer en Ambrosetti, 1897: fig. 11); b) «Super Menhir» (Ambrosetti 1897: fig. 2, dibujo de Marcela Minkévich según fotografía de C. Bruch).

Volviendo al Yacimiento del Río Doncellas, en superficie se podían ver en otro ambiente dos «menhires» entre las piedras de una pared caída: uno de 1,80 metros de alto y sección oval de 25 por 19 centímetros y el otro de 1,35 metros de alto y sección rectangular de 29 por 23 centímetros. En el mismo lugar también había una piedra canteada como estela y en otro ambiente había otros dos «menhires» de sección redonda, también reutilizados como parte de paredes.

El sitio fue ocupado durante la Colonia. A fines del siglo XVI, Francisco de Argañaraz, último fundador de Jujuy, se había adjudicado a sí mismo una estancia en la puna para criar ganados mayores y menores (Rojas 1913) y como el río Rachaite forma en las cercanías del sitio prehispánico la mejor vega de la región y el camino incaico iba cerca (Gentile 1988b), es verosímil que los coloni-



Fig. 12. Huancas del valle de Tafi. c) «Menhir esculpido X», según Bruch (1911: fig. 8); d) «Piedra esculpida del Rincón», según Bruch (1911: fig. 9). Mide casi 1 metro de alto; la espiga con un surco que aparece hacia arriba en el dibujo de Bruch posiblemente haya facilitado el amarre de algún tocado.

zadores hispanos hayan preferido ese lugar para instalarse. Además, en superficie, dentro de los recintos, se encontraron eslabones de cadena de hierro, clavos, hojas de cuchillo, en tanto que nosotros hallamos una plaqueta de alfarería con una cruz (Alfaro 1983, 1988) justo bajo los farallones con tumbas, en una de las que Ottonello había excavado el entierro de un niño con una cruz de palitos entre las manos. Sin procedencia, sabemos de un asa cinta vertical, gruesa, de alfarería tosca, con una cruz y sus potencias, también incisa (Figs. 15, 16).



Fig. 12. Huancas del valle de Tafí. e) «Menhir encontrado hace algunos años durante la construcción de un camino al norte del valle de Tafí». En 1960 estaba en la estancia Zavaleta-Pueyrredón, según González (1960: fotografía 6) (Dib.: de M. Minkévich); f) Menhir con diseño tiwanaku, según González y Núñez Regueiro (1960) (Dib.: M. Minkévich).

En cuanto a la función prehispánica de los «menhires» o huanca andinos en general, somos de la opinión que el llamado «culto solar» tuvo relación con estas columnas porque estas permitían reconocer las direcciones del espacio por las que circulaba el Sol, referencia de la actividad agropecuaria y parte de un calendario más o menos complejo según los trabajos del campo en cada región. Los evangelizadores los llamaban el «dios de las comidas», porque las tareas del campo



g



h

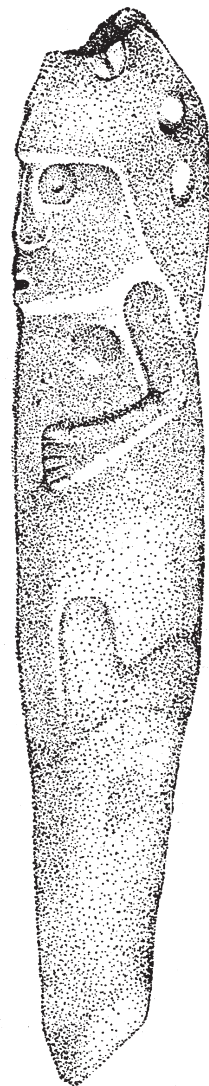


Fig. 12. Huancas del valle de Tafí. g) Menhir con un rostro y líneas curvas grabadas, según González y Núñez Regueiro (1960) (Dib.: M. Minkévich); h) «Figura monolítica esculpida hallada en el "pasillo" situado entre las estructuras de piedras o plataformas de la unidad B. Yacimiento del Alamito. Largo, 98 centímetros», según González y Núñez Regueiro (1958-1959: fig. 13). Esta figura es femenina.





Fig. 13. Reconstrucción ideal y parcial basada en la de descripción del hallazgo realizado por Alfaro y Suetta (1976). Según M. Gentile (1991: fig. 2-1).

dependían de lo que indicaban. Según Garcilaso, en el Cusco, por ejemplo, había ocho columnas. En nuestra opinión, en el Yacimiento del Río Doncellas, esta referencia la daban los monolitos que luego fueron reutilizados por la ocupación española para sostener las paredes y que es más que probable que antes de esa invasión estuvieran parados en medio de los círculos de piedras que se ven en el llano que se abre hacia el Este, entre el sitio prehispánico y el río, entre cuadros de cultivo y rodeados de andenes de cultivo. Tres de ellos estaban alineados casi Norte-Sur y otros cuatro con orientación noroeste. Otros estaban en la plazoleta, junto a la escalinata del *usnu* en línea con el horizonte del oeste (Figs. 17, 18, 19).

Contemporáneos de dicho *usnu* fueron, entonces, los vasos de plata dorada, los yuros de estilo Puna Tricolor y los *hulti*, correspondiendo todos estos elementos a un mismo momento, fechado relativamente a mediados del siglo XIV (1285-1388, según Sarmiento de Gamboa) o XV (1438-1473, según Cabello Valboa), y con radiocarbono entre 1210 y 1310 d.C. Es decir, cerca de las fechas dadas por Sarmiento para la rebelión de los cuyos aymarahlantes y su éxodo hacia el sur. Es probable que ellos construyeran junto al río Rachaite este centro ceremonial, de modestas dimensiones, pero que reunía los elementos para ser tal: huanca, *usnu* y el tipo de ofrendas que los incas asimilaron de los collas y llamaron *capacocha*, gran sacrificio (Gentile 1996, 1999).

En relación con la pervivencia en el siglo XX de las ofrendas al monolito huanca en los alrededores del Yacimiento del Río Doncellas registramos ocho piedras, algunas de forma de triángulo muy alargado, otras casi rectangulares, ubicadas frente a oratorios privados o junto a canales de agua, en directa relación con sitios habitados. No aparentaban ser mojones, los que eran, en ese momento, como una columna de 1 metro de alto, formada con piedras superpuestas. En cuanto a los «menhires» de Tafí del Valle, actualmente se encuentran fuera y lejos de su contexto original, en un parque arqueológico, alineados a lo largo de una avenida.

## 5. *Usnu*

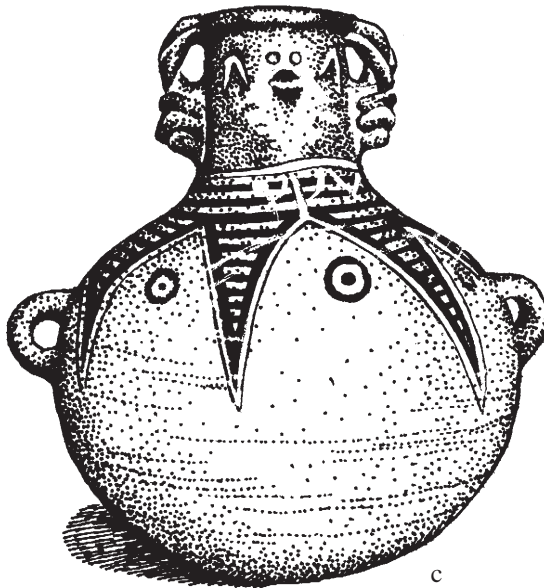
Según Juan Diez de Betanzos, Pachacutec mandó poner en medio de la plaza del Cusco una laja de unos 40 centímetros de espesor con una concavidad central, donde asentó una piedra cónica



a



b



c

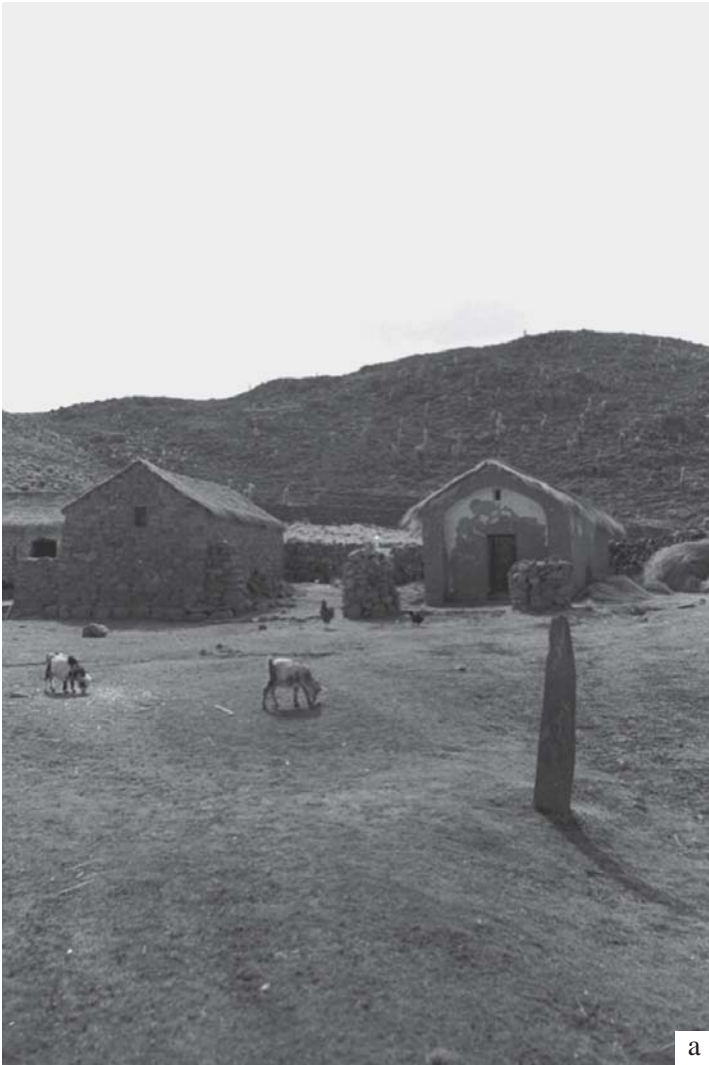
Fig. 14. a) «Cántaro de la familia Salinar, con decoración negativa» (Kauffmann 1971: 268); b) pieza de la cultura Salinar, Museo Larco. En la base dice, escrito con tinta, «Salinar # 73»; escrito con lápiz «Salinar #75 21/6/41 75» (Foto: H. A. Pérez Campos). A pesar de las variaciones, estilizaciones y síntesis, en estas vasijas se reconocen personajes sentados, ataviados con pectorales de huesos tallados, chaquiras o la tela recamada con chapas de metal. Altura: 15,5 centímetros; c) pieza de la cultura Puquina Churajón. Altura: 17 centímetros. Museo Nacional de Arqueología, Antropología e Historia del Perú, pieza N.º 13792 (Dib.: S. Albarello, según fotos de H. A. Pérez Campos).



Fig. 15. Materiales prehispánicos del Yacimiento del Río Doncellas, contemporáneos entre sí. a) Pipa acodada, de piedra color negro y unos 10 centímetros de lado (Dib.: S. Albarello); b) Estólica de madera de 57 centímetros de largo (según Casanova 1971: fig. 6c); c) uno de los dos vasos de plata dorada de estilo Tiwanaku IV. Altura: 10 centímetros (Dib.: M. Minkévich); d) 1. Asas antropomorfas en una pieza de la cultura La Aguada (Dib.: M. A. Sosa); 2. Su continuación en la alfarería sin decorar del Yacimiento del Río Doncellas (Dib.: S. Albarello).



*Fig. 16. Placa de alfarería con cruz latina incisa. Tiene una incrustación de tres granos de cuarzo a modo de potencias y dos líneas paralelas a ambos lados; en el reverso parece haber tenido grabada una llama. El fragmento presenta una rotura en el angosto sobre la cruz. Dimensiones: 6 por 5,5 por 1,5 centímetros (Foto: M. Gentile).*



*Fig. 17. Huancas en el rodeo Doncellas. a) frente a un oratorio privado, en el patio de casas habitadas; en la página siguiente: b) frente a un oratorio privado, abandonado, pero en el patio de casas habitadas; c) junto a un ojo de agua (Fotos: H. A. Pérez Campos).*



ferrada de oro sobre la que derramaban sus ofrendas de chicha al Sol los habitantes del Cusco (Betanzos 1987 [1551]: cap. XI). Betanzos no hablaba de *usnu*, pero la piedra, triangular y alargada, estaba sobre una laja y Albornoz se refirió a ella en 1568 llamándola *usnu* (Duviols 1967: 24). Molina decía que en medio de la plaza del Cusco «[...] estaua el vsno de oro, [...] era a manera de pila de piedra en ferrada en oro, la qual tenía un abujero hecho de tal manera que llegaua a vn albañar el caño que yba por debajo de tierra hasta las casas del Sol y el Trueno y Haçedor» (Molina 1916 [1575]: 37, 44). Miguel Cabello Valboa y Martín de Murúa también llamaban *usnu* al lugar en la plaza de Tumibamba donde se ofrecía chicha al Sol (Cabello Valboa 1951 [1586]: 365; Murúa 1987 [1613]: 113); es decir, se repetía el modelo de la piedra triangular sobre un altar de laja y la ofrenda al Sol.

Por su parte, Domingo de Santo Tomás decía que *usnu* era un altar donde se hacían ofrendas (Santo Tomás 1560 [1951]: 36; 45). Otro diccionario era breve: «Altar, vsnu» (Anónimo 1586 [1951]: 108). Pero a principios del siglo XVII, Gonçalez Holguín decía que *usno* era: «Tribunal de juez de una piedra hincada» y «Mojón quando es de piedra grande hincada» (1952 [1608]: 358), y parece que junto al *usno* había un edificio donde se impartía justicia llamado Taripacunuhuaci (González Holguín

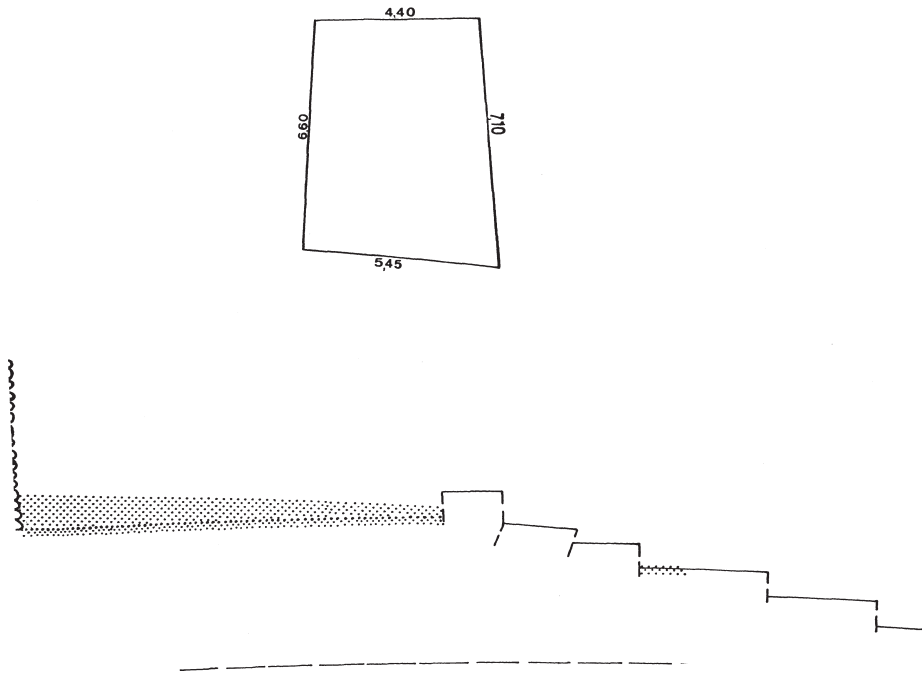


Fig. 18. «Planta y perfil de la estructura escalonada», según Alfaro (1988). En 1979, la estructura cubría una superficie en forma de trapecio irregular cuyas medidas eran las siguientes: base mayor 5,45 metros; base menor 4,40 metros; lados 7,10 y 6,60 metros, respectivamente (Alfaro 1988: 51).

1952 [1608]: 684). También los altares al modo antiguo se llamaban *usnu* y para los sacrificios eran un montón de piedras (González Holguín 1952 [1608]: 403).

En aymara, el altar cristiano se decía «altara», pero el altar de las huacas, hecho de piedras labradas, como se veía en las punas, era *usnu* (Bertonio 1879 [1612]: 41). Relacionados con la voz *usnu* estaban: «Enterrar vna piedra toda o parte para memoria» y «Señal para mojonar las tierras» (Bertonio 1879 [1612]: 218, 429), como vimos antes que Bruch decía que se había usado un pequeño «menhir» en Tucumán en el siglo XIX. En todo caso, la función del *usnu* quedó entrelazada con la del monolito huanca y era, además de altar, un hito en el «paisaje de acontecimientos». Los papeles de Albornoz de las visitas realizadas para extirpar «la seta y apostasia del Taqui Ongo», a fines del siglo XVI, dan cuenta de los muchos *usnus* que se destruyeron durante las mismas (Millones *et al.* 1990).

Guamán Poma decía que *usno* era un «trono y aciento de los Yngas», de los que había uno en cada *huamani* o provincia. Atahualpa y Mango Inga aparecían sentados en sus respectivos «trono vsno» y el mismo autor contaba que el virrey Toledo se encaramó al *usno* de Vilcashuamán para mostrar su propia autoridad (Guamán Poma 1987 [1613]: 254, 256, 452, láms. 374, 398).

Otro cronista decía que Çinchi Ruca Ynga, un predecesor de Pachacutec, había ordenado llevar piedras a las quebradas para hacer *usnus*, que eran como estrados y que a esto se le puso el nombre de *apachita*. Cada quien que pasase por esos lugares debía dejar una piedra para construir el *usno*, dejar hojas de coca al cerro y decir ciertas palabras. Durante el gobierno de Huayna Capac, estos *usnos* en las quebradas servían para revistar tropas y cuando este inca se casó, el sumo sacerdote le dio las insignias de su rango para que las llevase al *capac usno* que estaba en la plaza de Haocaypata y allí sentado recibió pleitesía de su gente (Santa Cruz Pachacuti 1993 [1613]: 200, 248, 245) (Fig. 20).

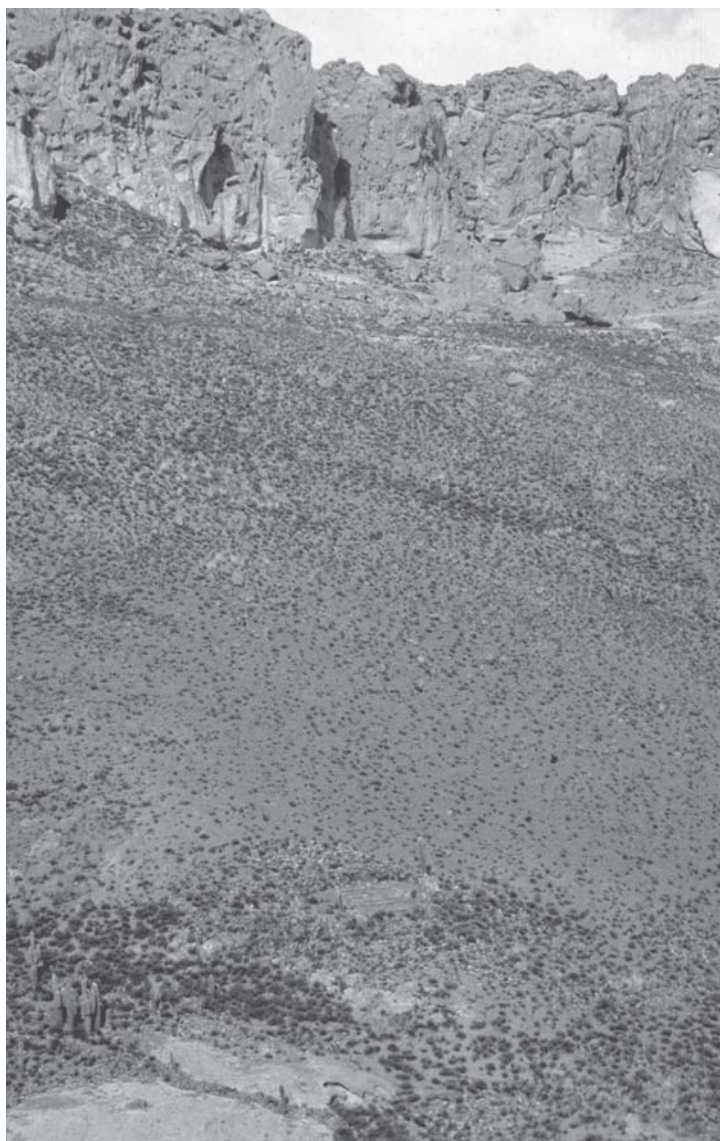


Fig. 19. Usnu de Doncellas, desde el farallón sur (Foto: M. Gentile).

En el Yacimiento del Río Doncellas, sobre la ladera del cerro que lo limita por el oeste, hay una escalinata de siete pasos de piedras canteadas que conduce a una plataforma del mismo ancho formada por la roca de base, la que remata en el fondo con una pared de piedras sin cantear de 1 metro de alto. En 1973, al fondo y a ambos lados de la escalera había, caídos, «menhires» de toba y partes de lo que podrían haber sido columnas compuestas por varias como rodajas de este mismo material. La escalinata está flanqueada por sendas hileras de piedras canteadas a todo su largo. Alfaro y Suetta la llamaron «estructura escalonada». El fechado del carbón, hallado bajo uno de los escalones y asociado a un *topu* de bronce de 7 centímetros de largo, dio 1310 d.C.

Una pirca actual, de casi 1 metro de alto, delimita la quebrada por el oeste y corre siguiendo una cota más baja que la del *usnu*; es decir, la escalinata, posiblemente tapada por las tolas en el momento en que se construyó esa pared, ya no significaría nada. La escalera arranca de una gran



Fig. 20. Perfil del farallón del Pucará de Doncellas desde la ciénaga. En diagonal, hacia el primer plano, se ve el borde de uno de los canales (Foto: H. A. Pérez Campos).

superficie de roca viva que aparenta una plaza, en cuya cercanía se encontraron, escondidos dentro de una olla de cocina, dos vasos de plata dorada, un brazaletes de cobre y tres discos de plata ligeramente convexos y con hueco central, además de un collar de chaquiras de malaquita. En las oquedades de los farallones había casas-tumbas y en la planicie junto al río había círculos de piedras orientados, en cuyo centro, posiblemente, estuvieron hincados los monolitos reutilizados en las paredes de los ambientes coloniales. El sitio reúne las condiciones de un lugar para realizar un control calendárico asociado con ceremonias, todo ello relacionado con los cultivos en las terrazas que rodean el yacimiento y continúan en la orilla opuesta del río y quebradas adyacentes (Gentile, observación personal y varios informes al CONICET).

Los derrumbes al pie de esta escalera y de los farallones contiguos, además de las piedras canteadas procedentes de los escalones que se hallaron formando parte de las esquinas de casas cercanas, junto con algunas hileras de piedras hacia los laterales que todavía se podían ver en su lugar en 1979, permiten suponer que se trató de un monumento caracterizado por la escalera de piedras canteadas, es decir, un *usnu*.

Por otra parte, el monolito huanca tenía que ver con el *usnu* el que, a su vez, quedaba relacionado con *cachahuis* porque según Bertonio: «Enterrar vna piedra toda o parte para memoria: Cala husnutha»/«Señal para mojonar las tierras, o para otras cosas: Husnu, Sanampa»; es decir, la voz «usnu» podría haber sido originalmente aymara, otro de los rasgos del Collasuyu que los incas incorporaron al Tahuantinsuyu.

## 6. Cachahuis

Decía Cristóbal de Albornoz que «Hase de advertir que, en todas las mas guacas que están en los cerros y en llanos, tienen al rededor de si unas señales que llaman *cachahuis*, que son señales



de los ofrescimientos que a las tales guacas hazían y tienen sus nombres en nombre cada señal del que allí ofresció hijo o carnero de oro o plata o de mollo. Hallarán los ofrescimientos en los tales ceques o *cachauis*. Es necesario destruirlos juntamente con las guacas y con todo el cuidado» (Duviols 1967: 38). Pero, en otra parte del mismo texto, el término parece que era sinónimo de alguna ofrenda particular porque: «Wilca conga, guaca general de todo el Pirú y le hazía todo el Pirú cacchavi y le ofrecían y servían. Es donde dieron la batalla a los españoles» (Duviols 1967: 27). También en el Cusco estaba un huanca, «Churucani guanacauri, piedra grande y al derredor muchas guaquillas de piedras que llaman cachavis» (Duviols 1967: 26).

Cristóbal de Molina agregaba que en dicha ciudad, durante el mes de abril, se hacían varias ofrendas, una de las que iba al cerro Huanacauri, donde estaba el huanca que recordaba la litomorfosis de Ayarcache; parece que una de esas ofrendas era una «[...] Capac Cocha, que por otro nombre se llama Cachaguas [...]» (Molina 1916 [1575]: 93), es decir, que tanto a Huanacauri como a Vilcaconga se le ofrecían *capacochas*, y las piedras *cachauis* estaban relacionadas con esta ofrenda.

En los diccionarios de época no encontramos las voces «cachahui» ni «cachaguas», pero un sacerdote vio, en 1565, a los indios de su doctrina cerca de Potosí: «[...] hazer sacrificios en diversas maneras a sus guacas [...] enviando cachas a las guacas [...]» (Abercrombie 2002: 89). La voz «cacha», tanto en quechua como en aymara, quiere decir ‘mensaje y mensajero’; tal vez por eso H. Urteaga decía en nota a pie de su edición de Molina que «Cachaguas, es síncope de Cachacuniguagua = Mandar regalos ó hacer dones de criaturas» (1916 [1575]: 93).

Vimos que Albornoz decía «cachauis o ceques»; pero «Ceque, raya, línea» (Anónimo 1951 [1586]: 30), «Seketha, vel Hichita; La raya» (Bertonio 1879 [1612]: 315). Según estas definiciones, el término «ceque» quedaba asociado a *recordar* y, al igual que *cachauis*, era un recuerdo que se materializaba en una piedra que, junto con otras, formaba parte de una línea y tanto las rayas como las piedras representaban las ofrendas entregadas en un determinado lugar. Es decir, que el aspecto de ese lugar y su entorno sería el del monumento o accidente geográfico hacia el que confluyeran, o de donde arrancaran, las hileras de piedras, las que eran fáciles de quitar y arrojar lejos, en una palabra, «destruirlos» como pedía Albornoz. Ceques, como sinónimo de caminos («ñan»), eran otra cosa y no podían ser rectos si se trataba de recorrer el paisaje andino. Veamos entonces, en la puna de Jujuy, algunos *cachahuis* o ceques abandonados a la vera de una ruta colonial trazada sobre el camino incaico que transcurre, precisamente, por el rodeo Tambillo.

E. Boman tuvo noticias del padre Domingo Filgueira, según quien, en los alrededores de Casabindo, había dos grupos importantes de ruinas prehispánicas: uno a 15 kilómetros al sureste de la población, en el sitio llamado Pueblo Viejo, y el otro grupo al norte, en un sitio llamado Doncellas, que era similar a Pueblo Viejo en cuanto se trataba de un poblado ubicado sobre una meseta escarpada que tenía un solo acceso. En el mapa que acompañaba su libro, Boman no situó estas ruinas porque no sabía exactamente su posición geográfica (Boman 1908: 611). Como dijimos antes, en 1984 hallamos un sitio que por su ubicación y características podía ser el Pucará de Doncellas (Gentile 1988b: 171). Un atardecer, de regreso a Agua Caliente luego de otro día de recorrido buscando sitios prehispánicos en el rodeo Doncellas, cortamos camino cruzando en diagonal una ciénaga, gracia que casi nos cuesta un caballo. Pero desde el lugar pudimos ver el «único acceso» a un afloramiento de toba color gris blanquecino, que a esa hora se destacaba como una ladera cubierta de pircas bajas. El suelo estaba cubierto de fragmentos de alfarería y palas de piedra. Desde la cima había una estupenda vista en 360 grados: Tinate y los cerros de Cochino al norte, la puerta Capilla y el río Miraflores al este, con los cerros del Aguilar como fondo, toda la llanura de Doncellas al oeste y los cerros Toimate, Overo y de Casabindo al sur. Regresamos al día siguiente buscando arte rupestre en el farallón que daba sobre el camino, desde donde no se ven las pircas, y encontramos pinturas y grabados.



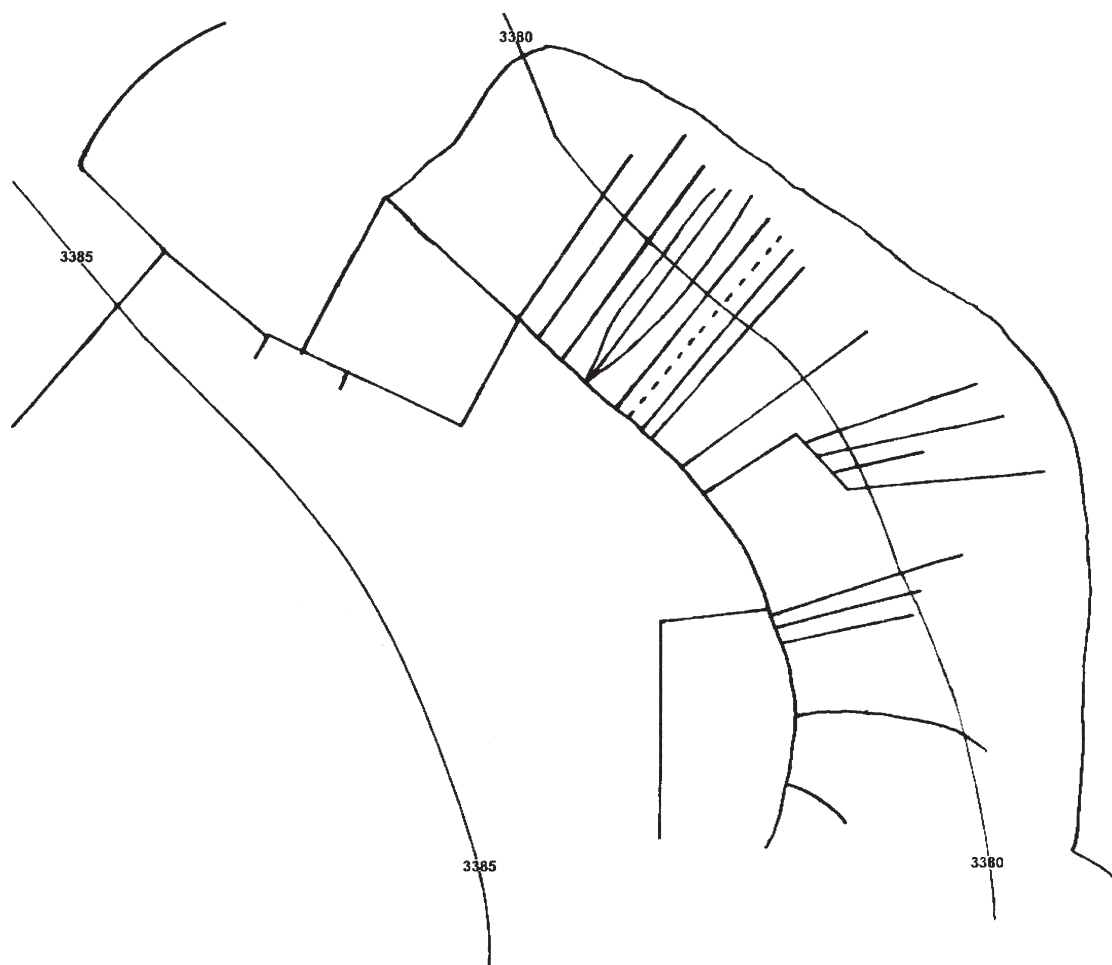
Fig. 21. Detalle de los cachauis del faldeo este del Pucará de Doncellas (Foto: H. A. Pérez Campos).

La cima tiene una forma oval, con el eje mayor ligeramente Este-Oeste. Para llegar a ella, hay que salvar varios desniveles que la transforman en un sitio fácilmente defendible. Fue nivelada con grandes cantos rodados y algunos bordes de toba sirvieron de base o primera hilada de las paredes. La mayor parte de las piedras que las formaban estaban caídas. La exposición al agua y al viento, como también el hecho de haberse usado parte de dichas piedras para construir los corrales actuales al pie del farallón y una casa (¿colonial?) junto al ojo de agua, impiden una reconstrucción. Este primer nivel (superficial) está formado por los fragmentos de alfarería prehispánica, palas rotas, arena de acarreo eólico y cantos rodados de distintos tamaños; pero, al iniciar uno de los sondeos, casi en superficie hallamos huesos humanos entre los fragmentos de una vasija de estilo Puna Tricolor<sup>13</sup> (Figs. 21, 22).

El faldeo norte bajaba suavemente hacia un puquio que tenía tres bocas que manaban constantemente. Hacia el noroeste y el norte, una hilera de grandes cantos rodados sugerían que hubo un muro perimetral; hacia el este arrancaban 20 líneas de piedras, paralelas entre sí pero, en un caso, tres de ellas estaban unidas por un extremo y, en otro, cuatro estaban unidas a otra transversal, semejando las cuerdas de un quipu extendido en esa dirección.

Por el sur, la masa de toba formaba un farallón de no más de 6 metros de alto, en cuyas oquedades hubo tumbas, que conocimos saqueadas, y pinturas rupestres y grabados que representaban llamas en negro, rojo y las llamas incaicas de dos colores, guerreros con arcos y flechas pintados en negro con trazos muy finos y grandes máscaras grabadas (Fig. 23 a-c).

Este farallón sur mira hacia el camino alternativo que corre Norte-Sur. Une el caserío de Doncellas con el de Tambillo y se usa cuando el río y la ciénaga son intransitables. Hacia el sureste del pucará hay otro afloramiento de toba similar, a cuyo pie había un corral moderno del que salían



*Fig. 22. Sector del plano del Pucará de Doncellas, donde destacan los cachausis cuya disposición semeja un quipu extendido hacia el Este. Según el plano del Pucará de Doncellas, por Jorge Torres, Marcelo Olañeta y Pascal Liverato, Universidad Nacional de Salta. Escala: 1: 500. La superficie ocupada por los cachausis es, aproximadamente, de 75 metros Norte-Sur por 110 metros Este-Oeste.*

líneas paralelas de piedras hacia la pampa. A la vera de otro afloramiento cercano, mucho más pequeño y que formaba, todo él, una oquedad, también se pudo ver que irradiaban unas 12 líneas de piedra.

Más hacia el sureste, en el abra Huancar, el terreno es arenoso, pero desde cierto ángulo es posible observar rayas de piedras transversales al camino, paralelas unas a otras. Están divididas en dos grupos, de 11 y 12 líneas respectivamente, que dejan en el centro un montículo de piedras de 3,20 metros de diámetro que tiene un pedrón en el centro; si bien estas rayas no son totalmente rectas, siguen una dirección aproximada suroeste-noreste impuesta por la hondonada donde se encuentran. Tampoco había simetría en su distribución y podían estar separadas unas de otras por 6, 4,20, 3,60 o 1,80 metros. Del centro del montículo salía una línea de 6 metros siguiendo la misma dirección que las otras y, hacia el lado contrario, salían de los bordes otras dos líneas del mismo largo. Otros grupos de líneas se perdían entre la arena, en el faldeo de los médanos, siguiendo una dirección Norte-Sur, y en un caso cruzaban el bajo yendo de un médano a otro. En conjunto, queda la impresión de que todo el entorno está cubierto de esta clase de rayas.



*Fig. 23. Pinturas rupestres en el farallón del Pucará de Doncellas: a) llamas en color negro; b) llamas en blanco y rojo; c) Cruces grabadas, modernas, sobre los sitios de las tumbas (fotos: H. A. Pérez Campos). Conociendo los relatos de Boman y von Rosen, es probable que el sacerdote Domingo Filgueira tuviera que ver con estos grabados.*

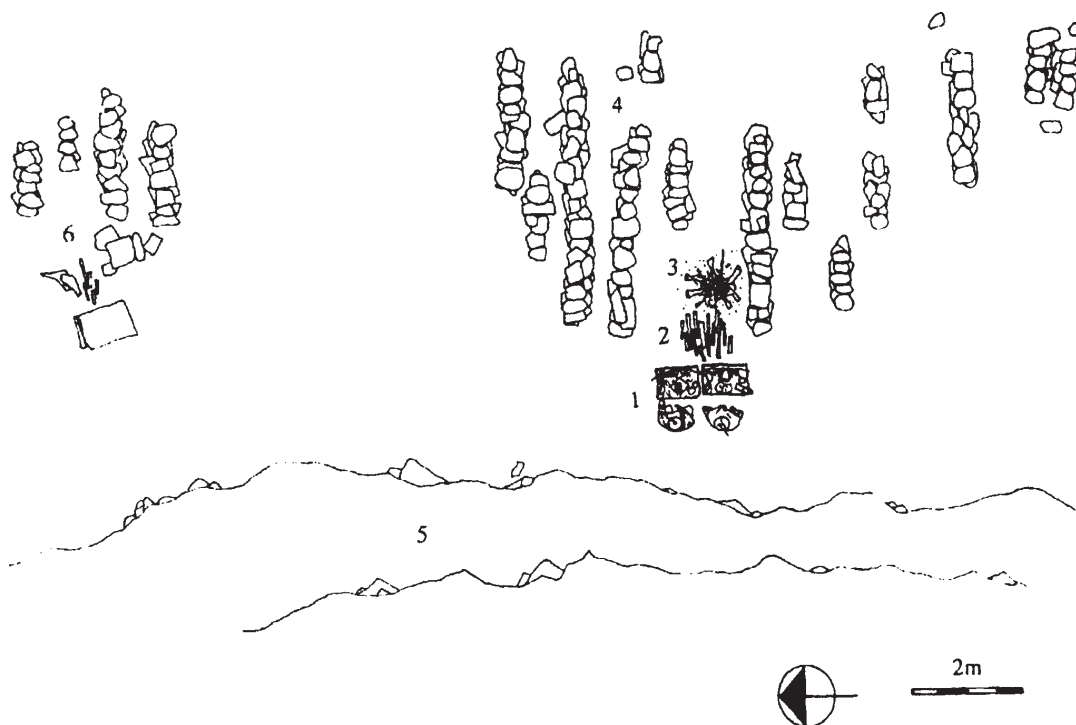


Fig. 24. «Aldares para el kowako mayor: (1) mesas rituales; (2) rebaño de piedra en miniatura; (3) fuego; (4) hileras de rocas o "deseos"; (5) afloramiento rocoso; (6) altar abandonado», según Nielsen (1997-1998: fig. 4).

Aunque esta ruta no estaba abandonada, no encontramos quien supiera la razón de estar allí de estas piedras alineadas, pero parece que alguna ceremonia relacionada con ellas persistió, no muy lejos. También para un paisaje de puna hay un registro de los llamados kowakos a lo largo de tres rutas Este-Oeste usadas a fines del siglo XX en el intercambio de productos entre valle y puna por trajinantes que se movilizaban con arrias de llamas por el sur de Bolivia, a unos 180 kilómetros del Pucará de Doncellas. En este caso parece que no se agregaban piedras a las 20 hileras que ya se encontraban en el sitio, las que formaban paredes de 1 metro de alto orientadas Este-Oeste, aunque sí se expresaban los *deseos* mientras se sahumbaba el sitio con *kowa* (Nielsen 1997-1998: 154) (Fig. 24).

Otro sitio con *cachauis*, fuera de la puna de Jujuy, pero en un páramo a 1900 metros sobre el nivel del mar, se encontraba junto al camino incaico que va de Barreal (provincia de San Juan) hacia Uspallata (provincia de Mendoza). Allí, sobre un afloramiento que corta el camino, hay un sitio con una línea de piedras orientadas hacia el Oeste y transversal a dicha ruta, que arranca de otra piedra cubierta de petroglifos formados en su mayoría con curvas y contracurvas. Al lado contrario del camino se encuentran dos elipses concéntricas, casi círculos, y los restos de otros dos círculos de piedras (Kühn 1914: 13).

En todos estos casos se trata de lo que Albornoz llamaba *cachauis*, es decir, cada vez que se realizaba una ofrenda en determinado lugar, se agregaba una piedra formando hilera con otras ya puestas. Hubo alguna relación, que no podemos precisar ahora, entre esta forma de registro, local, formando un geoglifo (¿para que pueda verlo el dios Con, que volaba hecho aire?), y las cuerdas con nudos que usaban los cusqueños en sus cuentas estatales, que eran portátiles y no estaban a la vista de otros que no fueran los *quipucamayoc* y sus jefes.

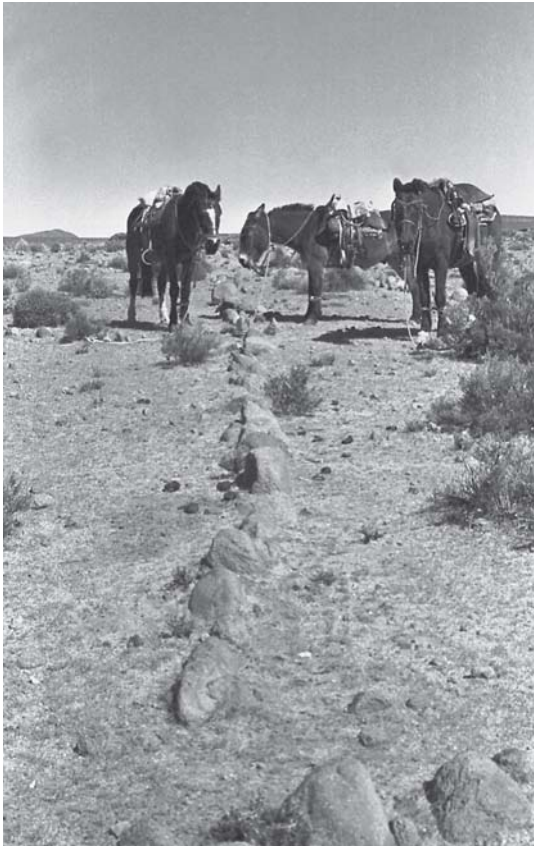


Fig. 25. Piedras alineadas junto al abra Huancar, con el quipildor (Foto: H. A. Pérez Campos).

Avanzando un poco más, suponemos que tal vez hubiera colores de piedras preferidos según la naturaleza de la ofrenda realizada, o tal vez la forma de la piedra o cómo estaba colocada con relación a otras sirviera para recordar ofendas y oferentes, etc., tal como los colores de las cuerdas de los quipu y la forma de sus nudos parecen sugerirlo.

Y aunque para el abra Huancar no podamos decir nada acerca de su antigüedad, la preferencia por ese sitio para construir quipildores dice algo acerca de continuar considerando ese entorno como preferentemente ceremonial por los pastores vecinos. Veamos ahora ese tema (Fig. 25).

## 7. Quipildor

En 1921, los vecinos de Doncellas decían que a los animales muertos por el rayo había que enterrarlos bajo un montículo de piedras en el mismo sitio que habían caído y al lugar se lo llamaba *quipildor*. Durante tres años seguidos, en víspera de San Santiago, se lo visitaba y corpachaba para que la Pachamama no se enojase; además, el 1.º de agosto, también para la Pachamama, se enterraban en el campo o al pie de algún cerro o loma, en unas cistas de piedra junto con bebidas y hojas de coca, todos los huesos de los animales consumidos durante el año que se habían ido guardando para que aumente la hacienda (INAPL 1927: caja 3; caja 55: fol. 1r; caja 67: fol. 4v; caja 72: fol. 4r).

A mediados del siglo XX, en la misma región, se decía que a los animales muertos por el rayo se les llamaba «quipildores» y que los vendían para hacer ofrendas (Mariscotti 1962: 59). Como es probable que hayan sido *sullos* (fetos secos), serían, entonces, para hacer ofrendas «preventivas», si se nos permite la expresión. Durante nuestro trabajo de campo relevamos varios quipildores en



Fig. 26. Quipildor junto a las líneas de piedras del abra Huancar (Foto: H. A. Pérez Campos).

uso en los rodeos Rachaite, Doncellas y Tambillo, además de sullos secándose al aire y al sol frente a las casas porque estos también eran parte de las ofrendas a la Pachamama en agosto (Margarita Gentile, observación personal). Uno de estos quipildores estaba entre los cachahuis del abra Huancar, al costado del montículo con el pedrón, casi en el fondo de la hondonada (Fig. 26).

En el lugar había otros cinco quipildores, desmoronados naturalmente luego de que sus dueños cumplieran con las ceremonias los tres años.<sup>14</sup> Este, en cambio, había recibido ofrendas recientes porque por fuera aún había rastros de sebo chorreado. Aparentaba ser un montículo de piedras de campo, de planta oval, orientado Este-Oeste; por una pequeña abertura que daba al Este se veían en su interior unos objetos. Las medidas externas eran 1,57 por 1,13 metros y unos 70 centímetros de alto. Abrimos el pequeño monumento por arriba porque así lo permitían las piedras trabadas cuando se lo cerró por última vez. Por dentro estaba dividido en dos compartimentos similares separados por un tabique de piedras. El del oeste estaba relleno de piedras y entre ellas había dos botellas de alcohol boca abajo<sup>15</sup> y todo tapado con matas de pasto ichu (*Stipa* sp.) (Fig. 27). El compartimento del este no estaba tan lleno de piedras y entre ellas se hallaban intactas dos vasijas de alfarería tosca, con manchas de cocción, colocadas sobre un piso de cantos rodados chatos. Una estaba junto a la otra y ambas tenían forma de llamas, eran huecas y en el lomo tenían una abertura<sup>16</sup> en cuyo borde aún había pegados papelitos de colores (mistura), también desparrramados por el piso; las dos miraban hacia el Este. Una de ellas tenía dibujados anillos alrededor del cuello y parte del cuerpo con pintura roja postcocción; ojos y boca eran incisos. Los pabellones de las orejas estaban perforados y por dichos huecos pasaban mechones de lanas sin hilar, colores naranja y rojo, anudadas y trenzadas, que envolvían suavemente ambos cogotes. Cuando las colocaron allí estaban llenas de *chua* (chicha sin fermentar) o chicha, y hojas de coca. Delante de ellas, dentro del *quipildor*, había una olla volteada, con la base rota, cuyos fragmentos estaban fuera del monumento; la alfarería era tosca, con manchas de cocción y base plana (Fig. 28).

La persona que nos acompañaba no sabía quien era su dueño, pero nos hizo notar que cerca había un puesto de pastores. Tampoco sabía por qué se llamaba *quipildor*, pero sí que había gente con ese apellido en los alrededores. Nos explicó que el *quipildor* se hacía para que calme la tempestad, durante la que caían solamente rayos, a diferencia de la tormenta, que se caracterizaba por la lluvia; también nos dijo que a veces se mataba «una llama de verdad» para poner en el *quipildor*, es decir, no se esperaba que el animal fuese fulminado sino que se lo ofrecía antes, para que no cayeran rayos. Otra fecha para hacer esta ofrenda era la fiesta de San Santiago.



Fig. 27. Figuras de alfarería modelada que representan llamas. Las piezas, huecas, estaban dentro del quipildor del abra Huancar (Foto: H. A. Pérez Campos).

Las llamas de alfarería las hacían, por pares, las olleras de la zona. Dos de ellas tenían alrededor del cuello un cordel de lana retorcida en colores rosa, verde, celeste y rojo, del que salían ocho o 10 dobles cuerdas que se distribuían radialmente. Otras olleras nos vendieron ovejas con las orejas perforadas listas para «enflorar», unas macizas, otras huecas (Fig. 29).

Otro *quipildor* que estaba en la cuestita tras una casa, próximo a los corrales, era un paralelepípedo de lajas bien trabadas, de 1,5 metros Norte-Sur, 70 centímetros Este-Oeste y 20 centímetros de alto. Su dueña repitió lo dicho por nuestro amigo y que dentro ponían dos llamitas de alfarería o una llama «de verdad»; lo llamó «quipildor de hacienda», se hacía para San Santiago o para febrero, que era el mes de las tempestades, y durante tres años al *quipildor* se le «hospedaba», es decir, se lo corpanchaba con vinito. Cabe destacar que en todas estas conversaciones, nuestros interlocutores jamás pronunciaron la palabra «rayo», aunque describían perfectamente su aspecto y sus efectos, sino que decían *truenos*.

Un tipo diferente de *quipildor* se armaba reuniendo los huesos de los animales consumidos durante el año para ofrecerlos a la Pachamama en el mes de agosto. Relevamos tres de estos en Rumiarco, una quebrada ubicada a unos pocos kilómetros al sur del Pucará de Doncellas. Allí vimos, cerca de los corrales, tres montículos de piedras de planta circular, abiertos por arriba, que contenían huesos de animales blanqueados; cerca había restos de otro *quipildor* similar al del abra Huancar, pero que nuestro baqueano interpretó como una trampa para zorros de funcionamiento complicado. Cerrando la quebrada de Rumiarco había en una ladera un bosque de queñuas (*Polylepis*) muy raleado; recorrimos los andenes descritos por Boman (1908: 609) yendo a caballo por el camino que iba por la media ladera frente de ellos, continuación de la ruta Norte-Sur que pasaba por el pucará, es decir, un tramo de camino incaico todavía en uso a cuyo pie corría un arroyo de agua tibia (Fig. 30).

Si bien parece que el sitio se llamaba Rumiarco por el arco de piedra, no descartamos que el topónimo hubiese derivado de «*Arccu arccu*. Los montones de mieses» (González Holguín 1952 [1608]: 33); «*Arcutha*: Amontonar hicho, adobes, y cosas así. / *Arcu*: Monton destas cosas» (Bertonio 1879 [1612]: 24), por la cantidad de terrazas que hay entre Rumiarco y el Pucará de Doncellas (Fig. 31).

En 1996, unos catequistas recopilaron en los alrededores de Casabindo datos sobre el «rito del quipildor», que era el canto y el baile que acompañaba la «inauguración» del mismo, así como de



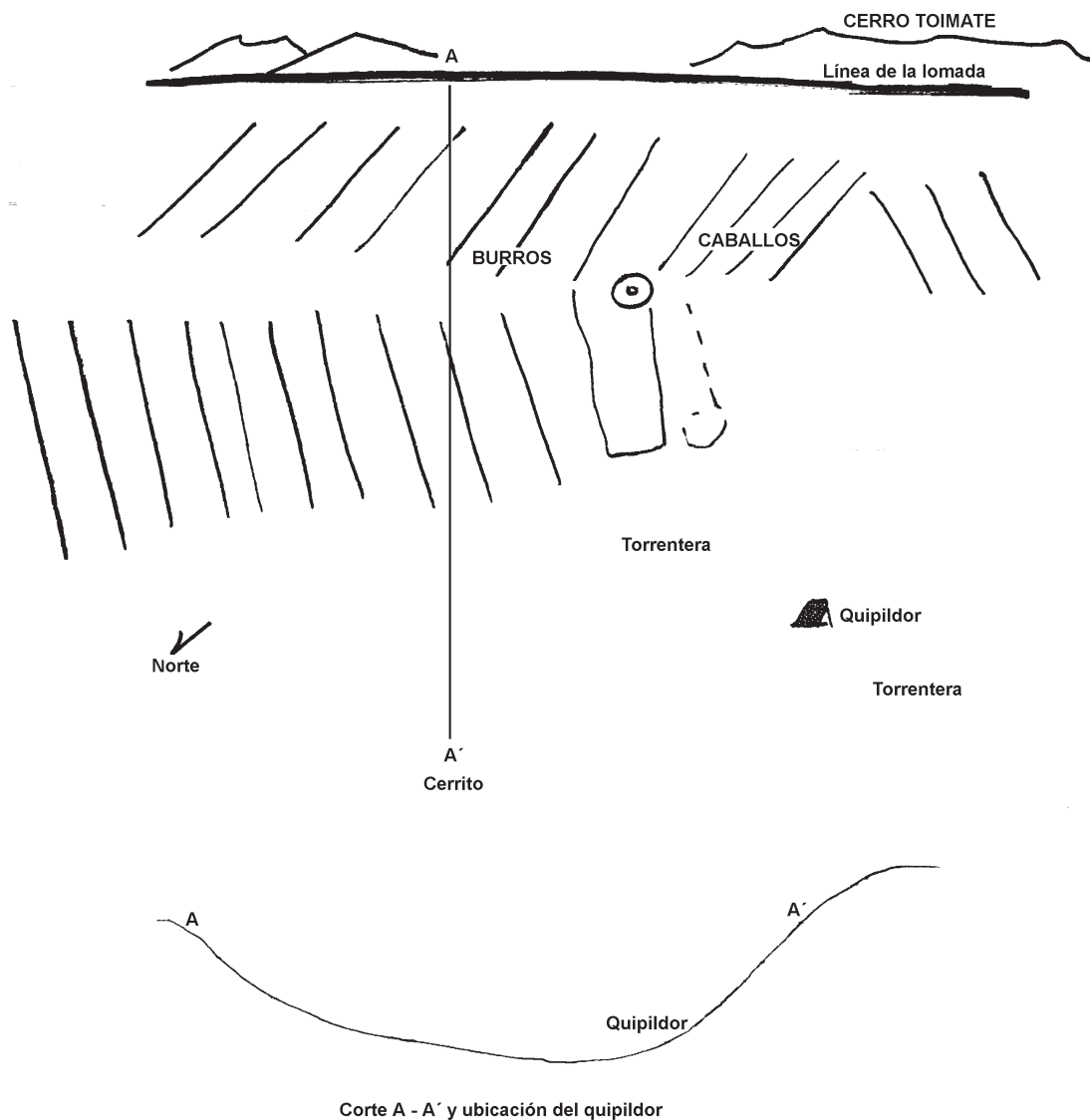


Fig. 28. Croquis de ubicación del quipildor junto a las rayas de piedras (de la libreta de campo de M. Gentile).

la «piedra de rayo» y sus propiedades curativas (Forgione 1998: 176), según creencias europeas. En un ámbito urbano, Abra Pampa, nos contaba Azucena Colatarci que un empleado del gobierno local había recibido parte de la descarga eléctrica de un rayo que entró en la casa donde estaba y sus amigos decían que ya se había convertido en *yatiri*; al poco tiempo sucedió lo mismo a otra persona en el campo, y también lo consideraban, por eso mismo, curandero. Colatarci nos hizo notar que, en ambos casos, las personas involucradas habían quedado un tanto maltrechas y doloridas luego de ser «tocadas por el Rayo», y, en su opinión, con pocos recursos personales como para desempeñarse como curanderos. Además, esta creencia en la capacidad del rayo para transformar a una persona en intermediaria de la divinidad tiene raíces medievales europeas y la existencia de esa creencia aquí

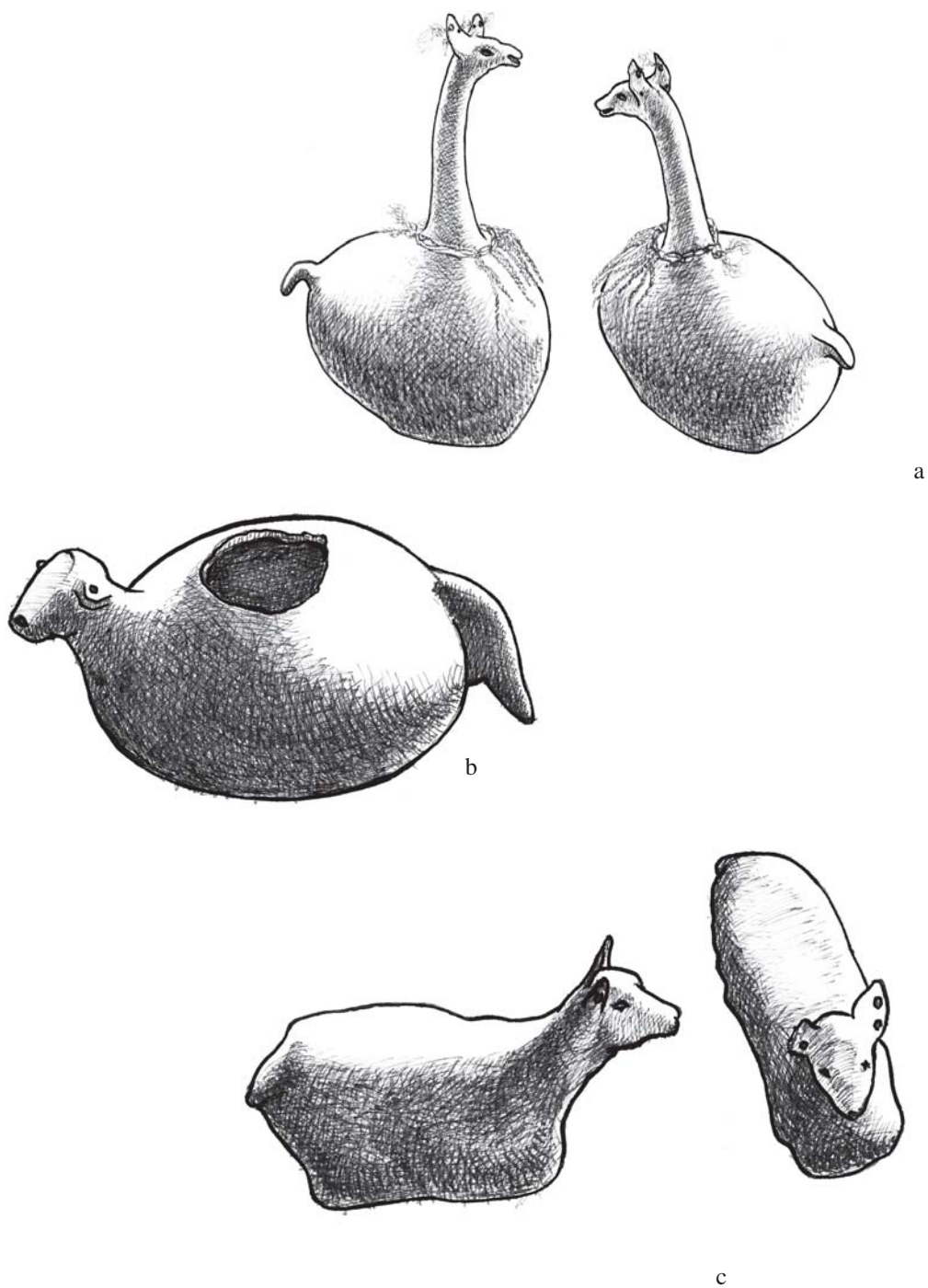
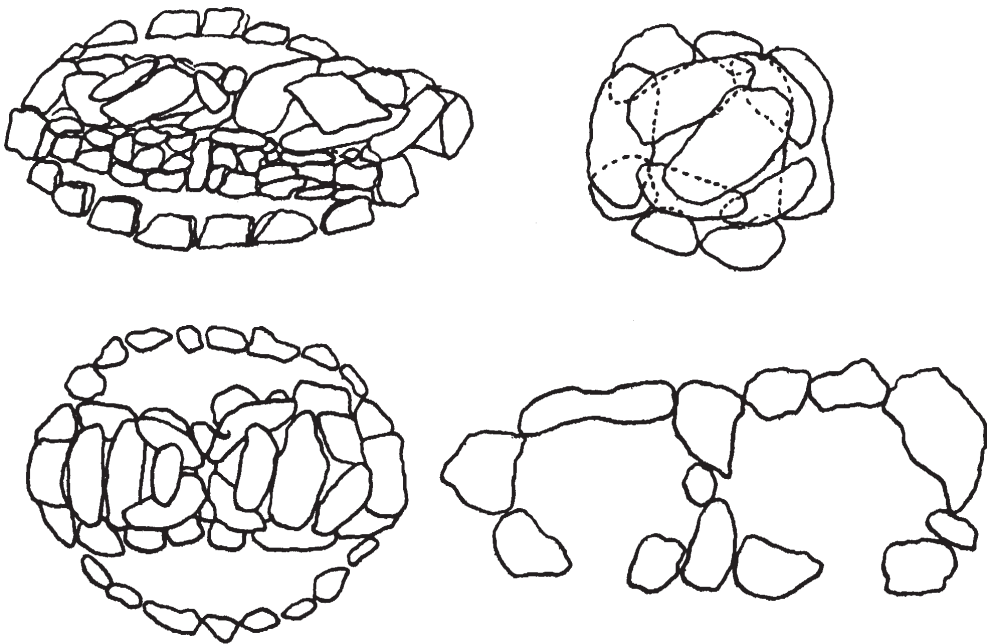


Fig. 29. Llamas y ovejas de alfarería para ofrecer en los quipildores, compradas a olleras de Doncellas. a) 7 centímetros de alto; b) 6 centímetros de alto; c) 30 centímetros de alto (Dibs.: M. Amado Sosa).



*Fig. 30. Quipildor con huesos de los animales consumidos durante el año. Al fondo se ve el arco natural que daría nombre al sitio (Foto: H. A. Pérez Campos).*



*Fig. 31. Una tumba en Potosí, según Ibarra Grasso (1986: 272). Este autor decía que dicha «tumba» estaba a ras de tierra y no contenía restos humanos. Su planta es igual a la del quipildor del abra Huancar. Si bien no da las medidas correspondientes, el hecho de considerarla una tumba permite suponer que se trata de una estructura de menos de 2 metros de largo.*

es probable que se haya visto facilitada por la reverencia que el rayo merece en los Andes desde época prehispánica, algo similar a lo que sucedió El Familiar y con Chiqui (Gentile 1999: cap. 5; 2001).

Resumiendo, vimos que los evangelizadores coloniales en lengua aymara diferenciaban entre el altar cristiano y el altar de las guacas como se le veía por las punas, al que llamaban *usnu*. También, que en el siglo XX el *quipildor* era un monumento que formaba parte de ceremonias ocasionales que se realizaban cuando un rayo mataba un animal; también se podía comprar el animal y realizar la ofrenda, o conservar los sullos de la propia hacienda para estos casos. Todas estas modalidades eran corrientes a fines de ese siglo, pero no sabemos si a principios de aquel se usaban indistintamente.

Somos de la opinión que hubo continuidad entre los altares prehispánicos en las punas y los quipildores dedicados al Rayo. Recordemos que este era una de las divinidades prehispánicas que los migrantes del Collao llevaron consigo antes que el Tahuantinsuyu existiera como tal. Como tantas otras, los incas potenciaron esta creencia andina incorporándola a la cultura que planearon y expandieron, aunque parece que con ellos esta entidad tuvo tres aspectos: ruido (trueno), luz (relámpago) y fuerza impresionante (rayo).

Durante el Tahuantinsuyu, la palabra «usnu» definía monumentos de piedra construidos con distintas finalidades. Luego, los españoles lo renombraron llamándolo «trono» y «altar» al modo cristiano. Esta manipulación, tratando de atraer hacia la propia oferta cultural una ceremonia destinada a ganar la buena voluntad del Rayo, indica, por sí, de la importancia de esta entidad entre las creencias andinas preincaicas.

Lo dicho hasta aquí permite agregar algo a lo que ya se sabe acerca de la presencia aymara prehispánica en este sector de la puna de Jujuy que puede ayudar a comprender, a su vez, la presencia incaica sin registro de sitios fortificados.

Por una de las primeras cédulas de encomienda confirmadas para la región, fechada alrededor de 1557, se le confirmaron a Juan de Villanueva «[...] el cacique Quipildora señor de Omaguaca con todos sus pueblos e indios [...]»<sup>17</sup> (Levillier 1928: tomo III, 356). En el censo realizado en 1778, el cacique gobernador de Casabindo se llamaba Pedro Quipildor y muchas personas en el amplio radio que abarcan los rodeos donde trabajamos tenían, en esa fecha, el mismo apellido (Rojas 1913: 312); de ahí que el relato que recogimos acerca de la campana de la iglesia de Casabindo donada por un Quipildor en fecha incierta, sea verosímil. Además, el apellido Quipildor continuaba a fines del siglo XX «para el lado de Casabindo», como nos dijo nuestro amigo en el abra Huancar (Fig. 32).

También procedente de Casabindo hay una llama prehispánica modelada en alfarería color naranja y dibujos en sepia que encontró E. Casanova en 1938 en un contexto funerario. La pieza está pulida por fuera y alisada por dentro; el animal tiene huecos en las orejas para «enflorar», lleva una campana colgando del cogote similar a las de madera que se encuentran en la misma región y los dibujos que se alternan en ambos flancos representan rayos (Gentile 1999: 282, figs. 6-9) y agua (Gentile 1991: fig. 5). Es decir, es muy probable que la presencia del antropónimo Quipildor y los hallazgos de llamas modeladas prehispánicas en la misma región sean los antecedentes directos del pequeño monumento llamado quipildor, en el que se presentan ofrendas al Rayo en recipientes con forma de llama.

La voz «quipildor» no la encontramos en diccionarios antiguos, pero, a fines del siglo XX, en el habla popular de la puna de Jujuy era corriente la expresión «estar quepido» para indicar que algún objeto estaba guardado en un envoltorio, similar a «está llavida» para indicar que una puerta, por ejemplo, estaba cerrada con llave. Nos preguntamos, entonces, si es posible que la palabra «quipildor» derive de «Quepi, hato, carga de ropa, carruaje» (Anónimo 1951 [1586]: 75); «Quepi.



Fig. 32. Llama de alfarería color naranja con dibujos en sepia. Altura: 17 centímetros. Museo Etnográfico de la Universidad de Buenos Aires, pieza 38-34 (Foto: M. Gentile).



Fig. 33. Tres queros incaicos excavados por E. Casanova en Doncellas: La madera está grabada y no tiene rastros de pintura. Altura de la pieza a): 13,8 centímetros. Colección Doncellas del Museo Etnográfico, Buenos Aires (Dibs.: M. Minkévich).

Hato de camino, o cargas, o auio que se lleva» (González Holguín 1952 [1608]: 305); «Kepi: La carga que vn hombre lleva en el camino» (Bertonio 1879 [1612]: 296).

Esta pregunta nos acerca a los monumentos *quipildor* que encontramos junto a una ruta, entre antiguos *cachauis*, y nos preguntamos también si los *kowakos* registrados en el sur de Bolivia tienen ese nombre porque se sahúma el lugar quemando *kowa* (koa, coa, menta silvestre, poleo), que es sinónimo de *sahumerio* en los mercados locales (Margarita Gentile, observación personal). En pocas palabras, el *quipildor* es un pequeño monumento que guarda dentro de sí una ofrenda que, en los casos que conocemos, iba dirigida al Rayo; y dichas ofrendas incluían una vasija en forma de llama o de un animal. En cambio, en el sitio prehispánico del río Doncellas la ofrenda contenida en los yuros de estilo Puna Tricolor, rodeados de llamitas de alfarería, era un niño (Fig. 33 a-c).



Fig. 34. Menhir en superficie en el Yacimiento del Río Doncellas (Foto: H. A. Pérez Campos).

Llegados a este punto, considerando que Pachacutec incorporó la *capacocha* al Tahuantinsuyu porque comprendió que, gracias a ese tipo de ofrenda-alianza, los collas les ganaban las guerras (Gentile 1996: 51), podemos decir que las ofrendas del sitio del río Doncellas fueron realizadas por collas. El control solar de los trabajos agropecuarios mediante el *usno* y los «menhires» es muy probable que haya estado al servicio de las andenerías que estaba en las laderas junto al río Rachaite y sus afluentes, y la construcción de ese tipo de infraestructura tiene visos de haber sido organizada por los incas, aunque la mano de obra fuese local o colla, o ambas, como parecen mostrarlo los fragmentos que recogimos en los andenes de Rachaite, Esquina Blanca, Sepja Raccho, Caste, Morro Cruz y Colpayo (Fig. 34).

Tomando en cuenta la presencia de elementos prehispánicos oriundos del Collao en la puna de Jujuy y la conquista de la región por Topa Ynga Yupanqui, con pacajes cuyos ponchos amarillos están pintados en algunas cuevas (Gentile 1995: 46), ponemos nuestros datos en paralelo con otro de fines del siglo XX acerca de que en el lago Coipasa, durante las ceremonias de «cerrar el campo» luego de la siembra, se construían alrededor de las chacras unos conos o pilas de piedras de 1 metro de alto llamados *chocos* por un ancestro de los chipayas llamado Juan Choco (Wachtel 1990: 167).

El *quipildor* —hito ceremonial en el paisaje puneño actual— habría recibido su nombre de un antepasado, el cacique Quipildora, y su relación con los rayos señalaría su procedencia del Collao o, por lo menos, una cierta influencia de ese origen que en Atacama es evidente durante Tiwanaku. En términos de cronología, las ofrendas del tipo que se halló en el Yacimiento del río Doncellas —yuros Puna Tricolor conteniendo niños rodeados de llamitas modeladas en alfarería—, son previas a los quipildores con forma de montículo de piedras (de planta oval con figuritas de llamas modeladas, o un animal; de planta redonda para reunir los huesos de los animales consumidos en el año). Tanto con collas como con incas, la ofrenda al Rayo era una *capacocha*; bajo el gobierno español, la que se limitó al animal fulminado o su representación en alfarería (Fig. 35).

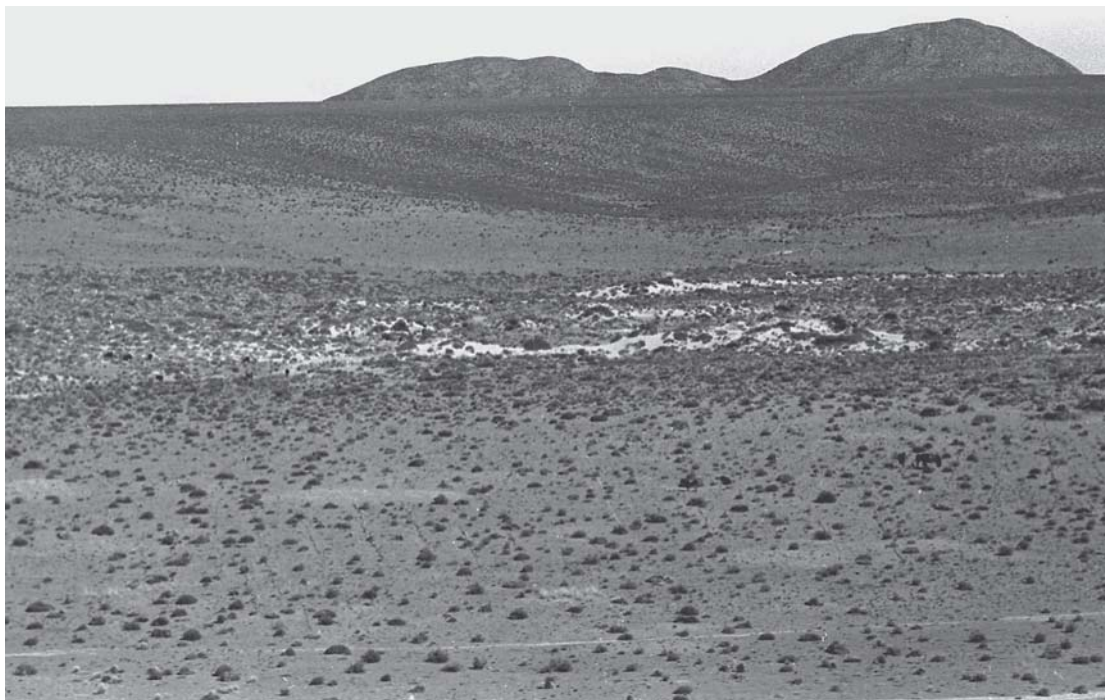


Fig. 35. El abra Huancar, vista desde el Norte; en superficie se notan las líneas de piedras junto a las que se encuentran el quipildor y los animales (Foto: H. A. Pérez Campos).

La conservación de la ofrenda en un ámbito cerrado, el *quipildor*, también permite definirla como una ofrenda *quepida*, dejando el tema en el límite de las consideraciones entre *quipildor* y *cachahuis*. Desde otro punto de vista, huanca y *usno*, este último como un monumento formado por plataformas escalonadas o similar— pertenecían al ámbito del gobierno, en tanto que *cachahuis* y *quipildor* pertenecían al ámbito doméstico, del ayllu. Los cuatro era parte de un «paisaje de acontecimientos» que era bueno recordar.

### Agradecimientos

Comenzamos las investigaciones en los rodeos Rachaite, Agua Caliente, Doncellas, Tambillo y Casabindo gracias a una beca de la Organización de los Estados Americanos bajo la dirección de la doctora L. C. Alfaro de Lanzone (Instituto Nacional de Antropología y Universidad del Salvador, Buenos Aires). Las continuamos en el Pucará de Doncellas y sus alrededores merced a varios subsidios del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) y, luego, en el marco de un proyecto trianual, también financiado por el CONICET y dirigido por el doctor P. Krapovickas (Museo Etnográfico, Universidad de Buenos Aires). Colaboraron desinteresadamente en algunas campañas la oficina de exploraciones de Yacimientos Petrolíferos Fiscales (doctor C. Fernández Garrasino) y el Departamento de Geología de la Universidad Nacional de Salta. El doctor A. R. González, como director del Museo Etnográfico, facilitó nuestro trabajo en la Colección Doncellas. Las señoras Isabel Larco de Alvarez Calderón y Milagros A. C. de De Trazegnies pusieron a nuestra disposición el Museo Larco en Lima. Los arqueólogos Manuel Tan (Museo de la Universidad de Trujillo) y Manuel F. Merino (Museo Nacional de Arqueología, Antropología e Historia del Perú [MNAHP]) nos ayudaron en nuestras indagaciones acerca de la alfarería norteña y sureña.

Algunas de las fotos que tomamos Hugo Pérez Campos y yo durante nuestros viajes a la puna y en colecciones de museos no estaban en condiciones de ser publicadas, pero R. Solari

(Asociación de Reporteros Gráficos de la República Argentina [ARGRA]), pacientemente, las recuperó y preparó para publicar. R. Fantoni, del Fondo Nacional de las Artes y N. Chumbita actualizaron los soportes del material gráfico. Por último, nuestra participación en este simposio fue posible gracias a la decidida colaboración de los doctores Rodolfo A. Raffino y Peter Kaulicke, y la hospitalidad de la familia Makowski.

## Notas

<sup>1</sup> Usamos la expresión «paisaje de acontecimientos» en el sentido que le dió Paul Virilio en su libro (1997: 11-13): «[...] la Historia es un paisaje de acontecimientos [...] Paisaje del Tiempo en el que los acontecimientos ocupan de pronto el lugar del relieve, de la vegetación [...] Puesto que el “tiempo mundial” y universal está pronto a reemplazar mañana la importancia histórica del tiempo de las antiguas localidades, la urgencia nos convoca a reformar la dimensión “entera” de la historia general para dar lugar a aquella “fraccionaria”, la del acontecimiento, restringido pero situado con precisión. [...] no son los grandes acontecimientos los que forman la trama del paisaje del tiempo sino la masa de incidentes, los pequeños hechos inadvertidos y voluntariamente omitidos».

Si bien el autor se refiere a acontecimientos de fines del siglo XX, en nuestra opinión el concepto es aplicable al tiempo y lugar que tratamos en este ensayo.

<sup>2</sup> Rodeo es una unidad de producción que comprende tierra de pastoreo y agua, además de alguna quebradita para cultivo de papas y quinua. En general, son terrenos fiscales asignados a una familia, aunque tenemos noticias de casos de ventas.

<sup>3</sup> El sitio Yacimiento del Río Doncellas fue llamado de distintas formas, según épocas y autores: «Agua Caliente» (Uhle en Seler 1894), «Sayate» (Boman 1908), «Yacimiento de Doncellas» (Casanova, 1943), «Agua Caliente de Rachaite» (Ottonello 1973); «Yacimiento del río Doncellas» (Alfaro y Suetta, 1976). Cada autor tomó como referencia el nombre del río principal, el que aparecía con distintos nombres en los mapas de la época. A nuestro entender, la confusión proviene del hecho de que el río Rachaite atraviesa varios rodeos cuyos nombres fue tomando por tramos. El sitio prehispánico se encuentra entre los rodeos Agua Caliente y Doncellas. Los materiales excavados por Casanova ingresaron como «Colección Doncellas» al Museo Etnográfico de la Universidad de Buenos Aires (Gentile 1990); además, según la cédula de encomienda de Juan de Villanueva (c. 1540), el señor se llamaba Doncollo (Donçollo?) y era segunda persona del cacique Quipildora (Levillier 1928: tomo III, 356; Salas 1945: 29; Gentile 1988a: 89).

En cuanto al Pucará de Doncellas, conservamos la denominación que el cura Domingo Filgueira le dio a Boman, quien fue, a su vez, el primero en dar noticia a la comunidad científica. Por su ubicación junto al camino y la excelente panorámica que desde él se tiene de los alrededores y hasta muchos kilómetros de distancia, el sitio es, de alguna manera, un pucará, ya que sería imposible acercarse al mismo sin ser visto por sus habitantes; además, está rodeado por tres lados por una ciénaga que, según la época del año, es imposible de transitar.

<sup>4</sup> Acerca de la presencia aymara prehispánica en el actual territorio argentino, *cf.* Gentile 1992.

<sup>5</sup> Nombre dado a las cuevas tapiadas que se encontraban en los farallones.

<sup>6</sup> La denominación de las culturas prehispánicas con los nombres de los grupos indígenas reconocidos por los españoles que repartieron las encomiendas de la zona asoció, a partir de Boman, a unas



y otros a pesar de la falta de estudios que pudieran corroborar estas supuestas correspondencias (Gentile 1988, 1990, 1991).

<sup>7</sup> Entierros.

<sup>8</sup> Para otra opinión, *cf.* Gentile 1986, 1988.

<sup>9</sup> Con L. C. Alfaro de Lanzzone colaboraron, en algunas campañas, L. Avellaneda, R. Bagalciaga, H. O. Flores, M. E. Gentile, R. Iudchak de Aleman, C. Pajor, J. Patti de Martínez Soler, H. A. Pérez Campos, D. Rolandi de Perrot, M. Ruiz, J. M. Suetta, A. Willingburgh y M. C. Zubillaga.

<sup>10</sup> Otro caso de pervivencia de nombre no local es el de «aríbalo» para la emblemática vasija incaica.

<sup>11</sup> *Yuro*: vasija de alfarería con cuerpo en forma de tonel, base plana, asas horizontales y cuello o gollete alto (Lafón 1954: 49). Los yuros de estilo Puna Tricolor tienen una distribución espacial que coincide con topónimos terminados en *-ite*; en 1540, el cacique de Casabindo se llamaba Gaité (Gentile 1991; 1995: 46). Ricardo L. J. Nardi consideraba que se trataba de parte de una lengua definitivamente perdida (comunicación personal).

En el Museo Etnográfico de Berlín se conserva un yuro de este estilo, enviado por Uhle, que tenía una soguilla de paja trenzada rodeando el cuello y terminaba atada a una de las asas para formar una manija. La vasija se usaba para acarrear agua (Debenedetti, carpeta 3 y foto adjunta, pieza VA 11357).

<sup>12</sup> *Hulti*: nombre dado en el siglo XVI a las figuritas de alfarería con forma de llamas, huecas; también conocidas en el siglo XVII como *conopa* (Gentile 1984-1985).

<sup>13</sup> En 1987, los huesos fueron desinteresadamente determinados por el doctor W. Alves Neves (Núcleo de Biología Humana del Museo E. Goeldi, Belém, Brasil), a quien agradecemos su colaboración.

<sup>14</sup> Es decir, la obligación de completar los tres años de la ceremonia no se heredaba, en tanto que la hacienda objeto de la ceremonia, ¿sí?

<sup>15</sup> La tinaja de vino española, hallada en el *usno* de El Shincal, que era parte de una ofrenda indígena en cuya composición entraban tanto elementos indígenas como europeos y que también estaba boca abajo en medio de los huesos de animales, hojas de coca, etc. (Raffino *et al.* 1997; M. Gentile, observación personal in situ).

<sup>16</sup> Como los *hulti* prehispánicos (Gentile 1984-1985), cuyo nombre actual en Perú es *llama conopa*.

<sup>17</sup> En 1541, Doncolla era el señor de Caquichura, pueblo de la provincia de Tarija del que era cacique Quipildora, señor de Omaguaca (Gentile 1988).

## 1. FUENTES MANUSCRITAS

### Archivo del Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano (INAPL). Buenos Aires

1921 Encuesta al Magisterio. Cajas correspondientes a la provincia de Jujuy.

## 2. REFERENCIAS

### Abercrombie, T. A.

2002 La perpetuidad traducida: del «debate» al Taki Onqoy y una rebelión comunera peruana, en: J-J. Decoster (ed.), *Incas e indios cristianos. Elites indígenas e identidades cristianas en los Andes coloniales*, 79-120, Centro de Estudios Regionales Andinos Bartolomé de Las Casas/ Instituto Francés de Estudios Andinos/ Asociación Kuraka, Cuzco.

### Alfaro de Lanzone, L. C.

1968 Inferencias culturales a través de una pipa ceremonial, *Actas del 38.º Congreso Internacional de Americanistas*, tomo I, 435-441, Stuttgart/München.

1978 Arte rupestre en la cuenca del río Doncellas (provincia de Jujuy), *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 7, 123-146, Buenos Aires.

1981-1982 Materiales arqueológicos posthispánicos en la cuenca del río Doncellas, provincia de Jujuy, *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 14, 81-83, Buenos Aires.

1983 Investigación arqueológica en la cuenca del río Doncellas (provincia de Jujuy). Integración de la puna jujeña a los centros cülticos andinos, *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 15, 25-47, Buenos Aires.

1988 *Excavación en la cuenca del río Doncellas: reconstrucción de una cultura olvidada en la puna jujeña*, Departamento de Antropología y Folklore, Jujuy.

### Alfaro de Lanzone, L. C. y J. M. Suetta

1976 Excavaciones en la cuenca del río Doncellas, *Antiquitas* 22-23, Buenos Aires.

### Alfaro de Lanzone, L. C. y M. E. Gentile

1978 Mates pirograbados de la cuenca del río Doncellas, *Antiquitas* 26-27, 1-11, Buenos Aires.

1980 Un nuevo tipo de asa en la cerámica del Noroeste Argentino, *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 14 (1), 41-47, Buenos Aires.

### Ambrosetti, J. B.

1897 Los monumentos megalíticos del valle de Tafi (Tucumán), *Boletín del Instituto Geográfico Argentino* 18, 105-114, Buenos Aires.

### Anónimo (¿Alonso de Barzana?)

1951 [1586] *Vocabulario y phrasis en la lengua general de los indios del Perú llamada quichua y en la lengua española* (edición de F. Esteve Barba), Instituto de Historia, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima.

### Arriaga, P. J.

1968 [1621] La extirpación de la idolatría en el Perú, Crónicas Peruanas de Interés Indígena, *Biblioteca de Autores Españoles* CCIX, 191-177, Atlas, Madrid.

### Bennett, W., E. F. Bleiler y F. H. Sommer

1948 Northwest Argentine Archaeology, *Yale University Publications in Anthropology* 38, New Haven.

### Bertonio, L.

1879 [1612] *Vocabulario de la lengua aymara (segunda parte)*, edición facsimilar, B. G. Teubner, Leipzig.

### Betanzos, J. de

1987 [1551-1557] *Suma y narración de los incas* [prólogo, transcripción y notas por M. del C. Martín Rubio; estudios preliminares de H. Villanueva, D. Ramos y M. del C. Martín Rubio], Atlas, Madrid.

**Boman, E.**

1908 *Antiquités de la région andine de la République Argentine et du desert d'Atacama*, 2 tomos, Imprimerie Nationale, Paris.

**Bruch, C.**

1911 Exploraciones arqueológicas en las provincias de Tucumán y Catamarca, *Revista del Museo de La Plata* 5, La Plata.

**Cabello Valboa, M.**

1951 *Miscelánea antártica: una historia del Perú antiguo* (prólogo, notas e índices del Instituto de Etnología), [1586] Instituto de Etnología, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima.

**Casanova, E.**

1943 Comunicación acerca del yacimiento de Doncellas, *Boletín de la Sociedad Argentina de Antropología* 5-6, 80-81, Buenos Aires.

1944 Una estólida de la puna jujeña, *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 4, 115-132, Buenos Aires.

1967 Una significativa pictografía de la puna jujeña, *Antiquitas* 5, 1-3, Buenos Aires.

1971 *El Museo Arqueológico de Tilcara (antecedentes, funciones, guía)*, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

**Debenedetti, S.**

1910 Exploración arqueológica en los cementerios prehistóricos de la Isla de Tilcara, provincia de Jujuy, *Publicaciones de la Sección Antropología* 6, Buenos Aires.

1928 Relaciones culturales prehispánicas en el Noroeste Argentino, *Physis* 9, 113-117, Buenos Aires.

**Duviols, P.**

1967 Un inédit de Cristóbal de Albornoz: La instrucción para descubrir todas las guacas del Pirú y sus camayos y haciendas, *Journal de la Société des Américanistes* 56 (1), 17-39, Paris.

**Forgione, C. A.**

1998 Simbología de la muerte, enfermedad y creación en la piedra de rayo: su análisis en la cultura andina de la Puna jujeña, Argentina, *Actas del IV Congreso Latinoamericano de Folklore del MERCOSUR, VIII Jornadas Nacionales de Folklore*, vol. II, 169-184, Buenos Aires.

**Gentile, M. E.**

1984-1985 Hulti. Acerca del uso de cierta alfarería Tiwanaku expansivo, *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 16, 205-220, Buenos Aires.

1986 *El «control vertical» en el Noroeste Argentino: notas sobre los atacamas en el valle Calchaquí* (edición de C. Quirós), Buenos Aires.

1988a Evidencias e hipótesis sobre los atacamas en la puna de Jujuy y quebrada de Humahuaca, *Journal de la Société des Américanistes* 74, 87-103, Paris.

1988b El camino de Matienzo por la puna de Jujuy: una hipótesis de trabajo, *Anales de Arqueología y Etnología* 38-40, 159-181, Mendoza.

1990 La colección «Doncellas» del Museo Etnográfico, *Gaceta Arqueológica Andina* 5 (17), 77-84, Lima.

1991-1992 La conquista incaica de la puna de Jujuy. Notas a la crónica de Juan de Betanzos, *Xama* 4-5, 91-106, Mendoza.

1991 Correspondencias etnohistóricas entre dos estilos alfareros prehispánicos puneños. Evidencias, hipótesis y perspectivas. Simposio El Imperio Inka, actualización y perspectivas por registros arqueológicos y etnohistóricos, *Comechingonia* 9, 217-252, Córdoba.

1992 Cuyo Suyu y Cuyo Marca. Un ejercicio práctico sobre evidencias, hipótesis y perspectivas, *Revista de Estudios Regionales* 10, 69-108, Mendoza.

- 1994 El maestro de campo Don Pablo Bernardez de Obando. Su certificación de méritos y filiación, *Chungará* 26 (2), 211-232, Arica.
- 1995 Análisis de algunos nombres de lugares del Noroeste Argentino a partir de su ubicación y de la historia regional prehispánica y colonial, *Tawantinsuyu* 1, 46-54, Canberra.
- 1996 Dimensión sociopolítica y religiosa de la *capacocha* del cerro Aconcagua, *Boletín del Instituto Francés de Estudios Andinos* 25 (1), 43-90, Lima. [Reeditado como *Huacca Muchay, religión indígena*, cap. 2, 1999].
- 1998 El maestro de campo Don Gutierre Velásquez de Obando. Notas a su probanza de méritos y a su reparto de bienes, *Investigaciones y Ensayos* 47, 385-407, Buenos Aires.
- 1999 Actualidad de las huacas andinas en la puna de Jujuy, en: *Huacca Muchay. Religión indígena: religión, creencias, juegos. Área andina argentina, prehispánica, colonial, actual*, capítulo 8, Instituto Nacional Superior del Profesorado de Folklore, Buenos Aires.
- [1997]
- 1999 El Familiar: etnohistoria de esta creencia, en: *Huacca Muchay. Religión indígena: religión, creencias, juegos. Área andina argentina, prehispánica, colonial, actual*, capítulo 5, Instituto Nacional Superior del Profesorado de Folklore, Buenos Aires.
- 2000 Iconología de un quero de Chillwa.  
ms.
- 2001 Chiqui: etnohistoria de una creencia andina en el Noroeste Argentino, *Boletín del Instituto Francés de Estudios Andinos* 30 (1), 27-102, Lima.
- 2002 Etnohistoria de un topónimo andino.  
ms.

**González, A. R.**

- 1960 Menhires en Tafí del Valle, *La Prensa*, 8 de mayo, sección segunda, Buenos Aires.
- 1965 Nuevas fechas de la cronología argentina obtenidas por el método del radiocarbón (V), *Revista del Instituto de Antropología* 2-3, 289-297, Córdoba.

**González, A. R. y V. A. Núñez Regueiro**

- 1958- Apuntes preliminares sobre la arqueología del Campo del Pucará y alrededores (Andalgalá, 1959 Catamarca), *Anales de Arqueología y Etnología* 14-15, 115-162, Mendoza.
- 1960 Preliminary Report on Archaeological Research in Tafí del Valle, N. W. Argentina, *Actas del 34.º Congreso Internacional de Americanistas*, 485-496, Viena.

**González, A. R. y J. A. Pérez**

- 1971 *Primeras culturas argentinas*, Filmediciones Valero, Buenos Aires.

**González Holguín, D.**

- 1952 *Vocabulario de la lengua general de todo el Perú llamada lengua qquichua o del inca* [prólogo de R. Porras Barrenechea], Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima.
- [1608]

**Guamán Poma de Ayala, F.**

- 1987 *Nueva crónica y buen gobierno* (edición de J. V. Murra, R. Adorno y J. L. Urioste), 3 vols., Crónicas de América 29, Historia 16, Madrid.
- [1613]

**Ibarra Grasso, D. E.**

- 1986 *30.000 años de prehistoria en Bolivia*, Los Amigos del Libro, La Paz.

**Kauffmann Doig, F.**

- 1971 *Manual de arqueología peruana*, PEISA, Lima.

**Kaulicke, P. (ed.)**

- 1998 *Max Uhle y el Perú antiguo*, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.

**Krapovickas, P.**

1958-1959 Arqueología de la Puna argentina, *Anales de Arqueología y Etnología*, 14-15, 53-113, Mendoza.

1968 Subárea de la Puna argentina, *Actas del 37.º Congreso Internacional de Americanistas*, tomo II, 235-271, Mar del Plata.

1983 Las poblaciones indígenas históricas del sector oriental de la puna (un intento de correlación entre la información arqueológica y etnográfica, *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 15, 7-24, Buenos Aires.

**Kühn, F.**

1914 Estudios sobre petroglifos de la región diaguíta, *Revista de la Universidad de Buenos Aires* 25, 385-409, Buenos Aires.

**Lafón, C. R.**

1954 *Arqueología de la quebrada de La Huerta (quebrada de Humahuaca, provincia de Jujuy)*, Instituto de Arqueología, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

1965 Tiempo y cultura en la provincia de Jujuy, *Etnía* 1 (2), Olavarría.

**Larco Hoyle, R.**

1948 *Cronología arqueológica del norte del Perú*, Biblioteca del Museo de Arqueología Rafael Larco, Lima.

**Levillier, R.**

1928 *Nueva crónica de la conquista del Tucumán*, 3 tomos, Lima/Varsovia.

**Mariscotti de Görlitz, A. M.**

1978 Pachamama, Santa Tierra: contribución al estudio de la religión autóctona de los Andes centro-meridionales, *Indiana* 8, Berlin.

**Millones, L. (comp.)**

1990 *El retorno de las huacas. Estudios y documentos del siglo XVI*, Instituto de Estudios Peruanos/Sociedad Peruana de Psicoanálisis, Lima.

**Molina, C. de (El Cuzqueño)**

1916 *Relación de las fábulas y ritos de los incas* (edición de H. Urteaga), Colección de Libros y Documentos [1575] Referentes a la Historia del Perú, Lima.

**Murúa, M. de**

1987 *Historia general del Perú* (edición, introducción y notas de M. Ballesteros), *Crónicas de América* 35, Historia [1616] 16, Madrid.

**Nielsen, A. E.**

1997-1998 Tráfico de caravanas en el sur de Bolivia: observaciones etnográficas e implicancias arqueológicas, *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 22-23, 139-178, Buenos Aires.

**Núñez Regueiro, V. A.**

1998 *Arqueología, historia y antropología de los sitios de Alamito*, INTERDEA, San Miguel de Tucumán.

**Ottonello de García Reinoso, M.**

1973 Instalación, economía y cambio cultural en el sitio tardío de Agua Caliente de Rachaite, Publicación 1, Dirección de Antropología e Historia, Jujuy.

**Pachacuti Yamqui Salcamaygua, J. de Santacruz**

1993 *Relación de antigüedades deste reyno del Perú* [estudio etnohistórico y lingüístico de P. Duviols y C. Itier], [c. 1615] Instituto Francés de Estudios Andinos/Centro de Estudios Regionales Andinos Bartolomé de las Casas, Cuzco.

**Pease G.-Y., F.**

1968-1969 El príncipe de Esquilache y una relación sobre la idolatría, *Cuadernos del Seminario de Historia* 9, 81-118, Lima.

- Raffino, R. A., D. Gobbo, R. Vásquez, A. Capparelli, V. G. Montes, R. Iturriza, C. Deschamps y M. Manassero**  
1997 El ushnu de El Shincal de Quimivil, *Tawantinsuyu* 3, 22-39, Canberra.
- Ramos Gavilán, A.**  
1976 *Historia del célebre santuario de Nuestra Señora de Copacabana, sus milagros e invención de la Cruz de [1621] Carabuco*, 2.ª ed., Academia Boliviana de la Historia, Universo, La Paz.
- Rojas, R.**  
1913 *Archivo capitular de Jujuy. Documentos para la Historia Argentina*, 3 vols., Buenos Aires.
- Rolandi de Perrot, D. S.**  
1974 Un hallazgo de objetos metálicos en el área del río Doncellas (provincia de Jujuy), *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 8, 153-160, Buenos Aires.
- Rosen, E. von**  
1957 *Un mundo que se va. Exploraciones y aventuras entre las altas cumbres de la Cordillera de los Andes*, [1916] Universidad Nacional de Tucumán, Tucumán.
- Rowe, J. H.**  
1954 Max Uhle, 1856-1944: A Memoir of the Father of Peruvian Archaeology, *Publications in American Archaeology* 46 (1), 1-134, Berkeley/Los Angeles.
- Salas, A. M.**  
1945 El antigal de Ciénaga Grande (quebrada de Purmamarca), *Publicaciones del Museo Etnográfico*, serie A, Buenos Aires.
- Santo Tomás, D. de**  
1951 *Lexicon o Vocabulario de la Lengua General del Perú* [edición y prólogo de R. Porras Barrenechea], [1560] edición facsimilar, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima.
- Sarmiento de Gamboa, P.**  
1943 *Historia de los Incas* (edición de A. Rosenblat), 2.ª ed., Emecé, Buenos Aires.  
[1572]
- Seler, E.**  
1894 Über archäologische Sammlungen von Dr. Uhle, *Zeitschrift für Ethnologie*, 26, 409-410. Berlin.
- Suetta, J. M. y L. C. Alfaro de Lanzone**  
1978 Excavaciones arqueológicas en el Pucará de Rinconada, provincia de Jujuy, en: *Actas de las Jornadas de Arqueología del Noroeste Argentino*, 297-382, Facultad de Historia y Letras de la Universidad del Salvador, Buenos Aires.
- Tartusi, M. R. A. y V. A. Núñez Regueiro**  
1993 *Los centros ceremoniales del Noroeste Argentino*, Publicaciones 5, Instituto de Arqueología, Universidad Nacional de Tucumán, San Miguel de Tucumán.
- Virilio, P.**  
1997 *Un paisaje de acontecimientos* [traducción de M. Mayer], Espacios del Saber 1, Paidós, Buenos Aires.
- Vignati, M. A.**  
1931 Los elementos étnicos del Noroeste Argentino, *Notas Preliminares del Museo de La Plata* 1 (1), 115-157, La Plata.
- Virchow, R.**  
1894 Schaedel aus Nord-Argentinien und Bolivien, *Zeitschrift für Ethnologie*, 26, 386-408. Berlin.
- Wachtel, N.**  
1990 *Le retour des ancêtres: Les indiens urus de Bolivie XXe. XVIe. siècle-Essai d'Histoire régressive*, Gallimard, Paris.